

# HASTA EL FIN DE LA SOLEDAD

P A N D E M I A



ANGEL PALACIOS

**HASTA EL FIN DE LA SOLEDAD**

**PANDEMIA**

**ÁNGEL PALACIOS**

Primera edición Abril del 2020

Copyright © 2020, Ángel Palacios

Todos los derechos reservados

## ÍNDICE

PRÓLOGO

AIRE

EL BASTIÓN OSCURO

REFUGIO

KONEV

LLUVIA

LOCURA

ALICIA

AMISTAD

BAILE

LA FORTALEZA

VERDAD

FUEGO

IMPERFECCIÓN

CENIZAS

GARABATOS

EL LIDER

SUBTERRANEO

LA CURA

LUCES

EL CAZADOR

ESPERA

AMANECER

IRA

LA CIMA

LUZ

A Vanessa Pagés  
Por todo el apoyo que me brindas día a día

## PRÓLOGO

¿En dónde estás?

Dijiste que ibas a volver. Me lo prometiste. Camino largas horas en medio de este mundo devastado esperando ver tu silueta en el horizonte. He subido a todos los edificios de la ciudad a pesar de mi miedo a entrar en ellos. Deseo verte de nuevo, lo deseo con todo mi corazón. Correr hacia ti y abrazarte sin pensar en nada más. Que todo vuelva a ser como antes. Buscar comida en los lugares menos esperados, atender el huerto, asegurar las defensas del refugio y quedarnos acostados mirando las estrellas platicando hasta quedarnos dormidos. Es difícil pensar en lo mucho que se pueden extrañar momentos tan sencillos. Tu sonrisa, la manera en que masticabas de un lado, el olor de tu piel, tu risa y hasta el mismo silencio.

El mundo ha vuelto a ser oscuro.

Después de que el virus apareció y se esparciera en todas partes poco a poco el mundo se fue vaciando y nuestros seres queridos se desvanecieron en nuestras manos. Por alguna extraña razón nosotros no pudimos seguirlos. Éramos inmunes. Yo dije que era como estar malditos, que habíamos sido condenados a vagar en este mundo frío y cenizo. Pero tú siempre decías que todo pasaba por una razón. intentabas ver el lado bueno de todo.

Me hiciste volver a sonreír. Tú fuiste mi ánimo y mi aliento para despertar en medio de la absoluta soledad. Un día dijiste que ibas a entregarme un regalo y desapareciste. Ahora pienso que sólo me abandonaste. Necesito saber que no ha sido así.

Regresa, por favor.

## AIRE

El aire huele diferente. Me distraigo mucho tiempo observando la ventana después de escuchar algunos ruidos. Debió ser causado por las ventiscas que cada vez van en aumento en esta tierra fría. Algún objeto salió volando y golpeó con la puerta. Sí, eso fue. Sólo es mi imaginación. No pudo ser una persona. Eso espero...

Reviso mi mochila. Dos botellas de agua, una bolsa de pan y cinco latas de atún. Es un gran botín. Hoy ha sido un buen día. Parece difícil de imaginar pero al principio de la epidemia lo primero en escasear fue el atún. Pensé que este pequeño supermercado no podía tener nada bueno pero estaba equivocada.

Si Alicia hubiera estado aquí ya estaría bailando y gritando como una desquiciada. Y de paso me obligaría a hacerlo también aunque yo lo habría hecho a regaña dientes con toda la vergüenza del mundo a pesar de que no hubiera nadie viendo. Yo no era como ella. Nunca pude ser tan sonriente y radiante. Yo soy seria. Cuando había gente siempre me preguntaban si me encontraba molesta o algo me incomodaba en particular. Ahora no tengo esa clase de problemas. Me acoplo perfectamente con este mundo gris y desolado.

Me acomodo la mochila en los hombros y me vuelvo a asomar por la ventana. Sigo intranquila. Me sacudo la cabeza, sólo es mi imaginación. Aunque de inmediato recapacito y recuerdo los consejos de mi padre del cual ya casi no recuerdo su voz. Siempre estar prevenida. Abro la puerta apuntando con mi escopeta, que hasta ahora solo he utilizado una vez. Se encuentra despejado.

Comienzo a caminar el refugio, pero se me ocurre voltear en dirección al Bastión Oscuro, así es como le llamaba Alicia. Le gustaba ponerle nombres fantásticos a todas las cosas en un intento de hacer menos duro la situación. Lo lograba.

El sol baja lentamente creando un hermoso atardecer naranja. Faltan quince minutos para que oscurezca. Tengo tiempo de echar un vistazo.

## EL BASTIÓN OSCURO

Subo los peldaños lo más rápido que puedo. Nunca me ha gustado este edificio ni tampoco a Alicia, por esa razón le nombró el Bastión Oscuro, no obstante es el edificio más alto de la zona y también es el único lugar en donde se puede observar buena parte de la ciudad.

Adentro apenas si entra un poco de luz. Hay decenas de objetos tirados por doquier. No me gusta mirar en los interiores de los pisos en los que voy subiendo. A pesar de que sé que no hay nadie ahí, me da escalofríos tanta oscuridad. Aquella sensación de no saber que hay más allá. Tengo la mirada enfrente e intento mantener mi mente ocupada. Recuerdo alguna vieja canción de la infancia y la comienzo a tararear. Es una tontería pensar en cosas sobrenaturales después de todo lo que he visto pero la verdad es que, no tengo total control sobre mi mente y sigo teniendo miedo como una niña pequeña.

Después de un rato llego a la azotea. Observo la ciudad. Sigue igual que como la dejé; Congelada. Llegamos hasta aquí porque creíamos que era el mejor lugar para escapar de la locura y la degeneración de las grandes ciudades en donde la infección en muchos de los casos era el menor de los males. Nos comentaron que aquí se encontraba la Fortaleza, pero hacía tiempo que desistimos de su búsqueda. Observo la interminable fila de autos que se quedaron varados, las casas sin vida en su interior con ventanas rotas como ojos caídos. Los montones de escombros y la basura que es arrastrada por el viento.

Saco de mi mochila los binoculares. Comienzo a otear el horizonte. Espero ver si silueta, aunque también pos si acaso busco alguna figura desconocida. No veo nada.

No me sorprende. Hace mucho tiempo perdí la esperanza. Bajo la escalera a toda velocidad. Ahora tengo el tiempo de luz exacto para llegar al refugio. Termino de bajar el último escalón cuando escucho como si un objeto pesado cayera por entre las escaleras y fuera azotando por entre varios pisos, creando un eco que se prolonga e intensifica por la ausencia de otro ruido alrededor. Me quedo paralizada.

No es producto de mi imaginación.

Corro.

## REFUGIO

Tengo miedo. No he parado de correr desde el Bastión Oscuro. Me doy un segundo para dar media vuelta. Vacío. No veo a nadie en los alrededores. Esta vez estoy completamente segura que no fue mi imaginación. No toque nada en el camino. No había nada sobre puesto que pudiera caer. Hay alguien más.

¿Era él?

Sacudo la cabeza. No puede ser. No tendría necesidad de estar escondido. Hay alguien más y no era él. Jamás me había pasado esto, desde que él partió. Quizás algún animal. Es una posibilidad. A los pequeños roedores les encanta subir por los edificios. Quizás estoy muy alterada, últimamente no he podido dormir muy bien.

De cualquier manera no me puedo arriesgar, para eso construimos el refugio. Cuando llego comienzo a asegurarme que todas las puertas y ventanas se encuentren completamente cerradas. Las trampas están colocadas. Voy a estar bien. Me lo repito para sentirme mejor.

El refugio lo encontramos juntos. Después de la muerte de Alicia. Él estuvo en silencio durante días por respeto a mi duelo, aunque siempre se mantenía alerta de mí. Me conocía perfectamente, quizás mejor que yo misma, Sabía que era de las personas que son agresivas cuando están lastimadas. Nunca fui de las chicas que se dejaban abrazar cuando algo malo les ocurría. De alguna manera que no puedo explicar me hacía sentir tonta. Si alguien se me acercaba descargaba toda mi ira contra esa persona y después la carga era peor. Mi dolor y la culpa por saber que esa persona no tenía responsabilidad alguna. Sólo no puedo controlarlo. Siento fuego en mi interior y tengo ganas de que todo arda.

Él me amaba y por eso no dijo nada, para no hacerme daño. Habló un día que se encontraba mirando al filo de la ventana de un edificio en el que habíamos acampado.

—Después de todo esta es una buena ciudad para vivir.

Yo no dije nada. Me mantuve acostada sumida en mi tristeza.

—No lo puedes ver desde ahí abajo, pero hay una vista espectacular. De verdad, tiene de todo. Ya vi al menos unos cinco supermercados. Te aseguro que ahí encontraremos muy buenos botines. Allí hay un parque de diversiones, tiendas de ropa, decenas de edificios y además tenemos al Bastión Oscuro.. —Ahí se detuvo durante un instante porque recordó que Alicia le había puesto ese nombre. Yo sabía que no lo dijo con ninguna mala intención. Estuvo en silencio durante un instante —Mira, ya lo imaginé. Ahí va a estar nuestra nueva casa. Es perfecta, tiene altos muros y está en una buena ubicación. Tiene un pequeño jardín en donde haremos un huerto. Ahí nuestros hijos podrán crecer. Seremos como Adán y Eva..

—No voy a traer niños a este mundo de porquería —Fueron mis únicas palabras.

Hoy veo el gran esfuerzo que hacía. Yo habría bajado las escaleras completamente disgustada con una persona que no pone un gramo de esfuerzo por mejorar la situación. Él se acercó y me abrazó.

—Tienes razón, no somos Adán y Eva —y después acercándose a mi oído dijo en un susurro. —Somos estrellas. Las últimas estrellas de este universo.

Me encuentro asomada desde el portón principal mirando a todos lados. Comienza a anochecer. Nadie puede pasar al refugio.

Porque estoy completamente sola.



## KONEV

Descubrí que era inmune por una insensatez. Y de no haber sido “especial” ahora estaría muerta.

La enfermedad surgió en algún rincón del mundo por razones muy sospechosas. Nos tomó por sorpresa. Miles de especialistas dieron su explicación, algunos dijeron que el virus había estado enterrado en un glacial durante miles de años y por motivos del calentamiento global ahora se había desatado, otros dijeron que surgió de algún animal y hubo también quien dio explicaciones religiosas. Los gobiernos se echaron la culpa entre sí y si no habría sido porque el virus se esparció a una velocidad ridícula con gusto se habrían hecho la guerra. La verdad se supo después aunque ya era demasiado tarde.

Konev era un muchacho que había salido de un entorno difícil. A base de mucha disciplina y un gran genio pudo sobresalir entre los mejores. Fue seleccionado en las mejores universidades y quizás en otras circunstancias habría estado al mismo nivel de grandes genios de la historia. Además de que era un buen padre y un excelente esposo.

Él creó el virus.

Pero únicamente fue las manos de gente que estaba arriba dando órdenes y que al mismo tiempo obedecían órdenes. Sólo cumplió con su trabajo en medio de una devastadora guerra bacteriológica en donde los países competían por hacer el mayor daño posible al bloque contrario. Hasta que se salió de control.

Quizás si Konev enfrente de su laboratorio habría sabido que estaba creando nuestra extinción se habría detenido. Pero no lo hizo y todo esto pasó. Los países que pudieron proporcionaron el equipo que creyeron necesario a sus ciudadanos. Sellaron sus fronteras, vigilaron las carreteras y dieron la orden de que ningún avión sobrevolara sus cielos. Los países menos afortunados, es decir, la mayoría se limitaron a dar indicaciones superfluas acerca de un virus que desconocían, de cualquier manera a todos los países los devastó sin importar las medidas. Los muertos se contaban por millones por uno y otro lado. Mi madre fue uno de entre todos esos números en los primeros días de la pandemia.

Nos cansamos de pedir una cura cuando nos dimos cuenta que de verdad no la había. Cuando observé en un comunicado que el presidente se encontraba completamente enfermo en televisión nacional me di cuenta que teníamos los días contados. Si para él no había cura nosotros estábamos condenados.

Fui a la recámara de mi madre. Estaba muy mal. No importaba nada más. Me quite la máscara y los guantes y me recosté en su pecho. Escuché sus latidos. Ella despertó abruptamente.

—¿Te has vuelto loca? ¡Ponte la protección ahora! —Me dijo entre tosidos. Yo negué con la cabeza. Ella estaba tan débil que tampoco luchó, nos recostamos y pasamos la noche de esta manera, en la más absoluta calma.

Al despertar ella se había ido pero yo seguía aquí. De esta manera descubrí que era inmune. Y no era la única. Miles de personas en todo el mundo habían desarrollado una defensa natural, como un regalo de la naturaleza para que nuestra especie sobreviviera. Sólo que no contaba que con que nosotros también éramos nuestros propios depredadores.

Por eso decidimos alejarnos de los grupos, de todo contacto humano. No fue muy difícil, aunque tuvimos que caminar durante muchos días, meses y años, hasta encontrar un lugar al cual llamar hogar.

En medio de la nada.

## LLUVIA

Lo que más me gusta es el huerto que construimos juntos. Yo lo adorné con luces que daban la apariencia de cientos de luciérnagas y que podíamos prender con una pequeña bomba de gasolina muy de vez en cuando. Cómo estaba empezando a llover Antares me ayudó a meter las que pudimos dentro de la casa.

Los dos estábamos recostados en medio del tapete en el centro de la sala. Habíamos decidido no tener ningún sillón porque llegamos al común acuerdo de que había objetos que sólo servían según las reglas del antiguo mundo. Y que si teníamos sillones nos obligaríamos a utilizarlos.

—¿Ya me vas a decir que estás construyendo? —Él tapó una parte del huerto con algunas laminas y algunas tablas de madera para que yo no pudiera ver que estaba haciendo, aunque claro yo ya sabía.

—No lo sabrás. Y es muy probable que nunca lo sepas —Dijo con su habitual sonrisa.

Yo le di un puñetazo en el hombro y él únicamente hizo una mueca. Mirábamos al techo aunque todo estaba oscuro y sólo visualizábamos algunas goteras. El fuerte sonido de la lluvia que caía sobre el refugio eran como centenares de golpes de alguien que intentaba entrar. Pudimos escoger decenas de lugares en la ciudad pero éste era especial porque era nuestro desde el inicio. Me preocupaba el huerto.

—¿Crees que se arruine todo?

Él negó con la cabeza.

—Va a soportar. Si no soporta una lluvia entonces no tienen ningún caso plantarlo.

—Podríamos ponerle un techo.

No tuve respuesta.

—Sí, podría ser, no es mala idea.

Me causaba mucha curiosidad saber en qué estaba pensando. Quizás en nada. Quizás simplemente estaba mirando el techo y escuchando la lluvia, o que mis preguntas eran fastidiosas. O en su familia, a la que nunca conocí y de de la que apenas supe algo. Sus padres se divorciaron cuando él era muy pequeño y desde ese entonces había estado mudándose de un lugar a otro. Quizás por eso todo este proceso de caminar sin cesar no le parecía nada extraño. Aunque a decir verdad, era precisamente eso lo que más me causaba curiosidad. Porque había decidido quedarse ahí. Recordé que en alguna ocasión de sus muchas exploraciones llegaba muy silencioso. No hablaba de lo que miraba en el exterior. Quiso actuar como si nada pasara, pero era más evidente que sabía algo. Hasta en algún momento tomó a Tormenta de Fuego al cual no le tenía mucho afecto y se quedó largo rato acariciándolo.. Nunca le he vuelto a preguntar y creo que no lo haré porque tengo la sospecha de que encontró a otras personas. Me digo que no me importar pero realmente no quiero escuchar alguna respuesta que me lastime.

—He pensado que como este es un nuevo mundo, también debemos dejar atrás nuestro viejos nombres. —dijo él.

—¿De qué hablas? Me gusta mi nombre.

—A mí no me gusta el mío. ya pensé en el mío, me llamaré Antares.

No pude evitar reír.

—No te queda bien. ¿Qué diablos significa?

—No lo sé, es el nombre de una estrella.

—¡Ah! Cierto.. —dije con cierto tono de sarcasmo.

Antares se incorporó visiblemente molesto. hizo una mueca y se retiró a otra habitación. Como era habitual en él regresó en la madrugada sin hacer nada de ruido y se recostó a mi lado. Acomode mi cabeza en su pecho. Tenía frío.

—Yo me llamaré Adhara.

## LOCURA

He revisado todas las trampas que colocamos en el interior del refugio y también estoy segura que las del exterior están funcionando. Lo sé porque las revisaba todos los días. Eso me ayuda por una parte a mantener mi mente ocupada y por otra porque los protocolos me han salvado la vida más de una vez. Muchos de los sobrevivientes que quedaron decidieron actuar por instinto, improvisar según se dieran la situación, no obstante a veces el instinto puede ser traicionero. En situaciones de peligro te puedes paralizar o actuar de manera impulsiva y entonces todo se termina.

Muchos de ellos se quedaron sin comida o murieron a manos de otros inmunes. Por eso siempre sigo los protocolos porque aunque no he visto a una sola persona en meses yo sé que el mundo no está vacío del todo.

Así como cuando los griegos o los fenicios se embarcaron en misiones para fundar nuevas ciudades, los inmunes hicieron lo mismo para buscar mejores lugares, algunos en grupos grandes y otros como nosotros lo hicimos lo más solos que pudimos, porque considerábamos que era más seguro. De cualquier manera volvimos a descubrir que el mundo era inmenso y volver a encontrar una persona podía ser una bendición o el mismo infierno.

Es muy complicado discernir entre buenos y malos. Antares tenía buen ojo para eso y en nuestro camino siempre sabía con cuales hacer platica o de quienes alejarse. Yo no tengo ese talento así que he decidido en primer instancia alejarme. Esa es la razón por la cual no he salido durante días. Tengo suficiente comida y no dejo de asomarme por todas las rendijas del refugio. Ahora estoy observando completamente inmóvil con uno de los rifles de Antares que es de mayor alcance. Creo que estoy enloqueciendo. Aunque es muy probable que sí haya algún otro inmune por ahí. No sólo el virus mutó constantemente para nuestra total aniquilación, en un estrago del mismo las mentes de los inmunes también lo hizo y muchos hicieron atrocidades. De alguna manera todos las tuvimos que hacer para sobrevivir. A veces pienso si todo esto no es una alucinación, una muy terrible, o me pregunto si Antares existió realmente. Realmente no importa si estoy cuerda o no. Prefiero golpear y después preguntar.

—Hoy van a suceder cosas terribles. —Lo digo como en un rezo porque esa es la manera en que él lo pronunciaba.

Realmente no sabía muchas cosas de él ni él de mí. Ningún sobreviviente hablaba de su pasado porque ya era demasiada carga estar parados para llevar el peso de alguien más. Me hacía sentir cómoda.. Al principio creí que nuestra compañía sería temporal. Alicia él y yo recorrimos infinidad de caminos y estuvimos en lugares tenebrosos y en otros tantos absurdos. A veces él se molestaba y fingía alejarse de nosotras pero sabíamos que nos seguía y nos estaba cuidando.

Nos cuidamos mutuamente.

Ningún inmune llegó tan lejos sin saber utilizar armas. Alicia y yo sabía utilizarlas pero Antares tenía un don. Tenía excelente vista, como si hubiese nacido con un rifle. Cuando estábamos en peligro pronuncia aquellas palabras mientras apuntaba.

—Hoy van a suceder cosas terribles.

Lo decía porque así iba a suceder. Lo decía porque era una advertencia para nuestros atacantes. De esta manera no se sentía como una presa, él era el cazador. Y también para recordarse que si fallaba los otros no tendrían ninguna contemplación con nosotros.

Todo estaba en juego en un solo disparo. El mundo ya era terrible antes de la infección.

Nosotros estábamos viviendo en el desquicie total.

## ALICIA

Me ato las agujetas de mis botas. No voy a permanecer encerrada.

Pero nunca salgo sin antes revisar que en mi mochila llevo todo lo que necesito. Un poco de comida por si acaso, unos binoculares, una navaja, una pequeña pistola de mano y una de luces de bengala con solo una carga que pienso utilizar en cuanto vea de regreso a Antares. Una pequeña cuerda, un encendedor y unas calcetas de repuesto. Odio tener los pies húmedos.

Abro la puerta del refugio revisando meticulosamente a todos lados. He tomado todas las precauciones pero no puedo vivir con miedo. En el inicio de la pandemia, cuando todo era caos e incertidumbre uno tenía que moverse muy rápido, estar atento por cualquier auto desocupado, pensar rápido acerca de las intenciones de otra persona, es decir, el movimiento era clave. Todo esto sumado a su correspondiente dosis de prudencia, claro.

Mientras camino por las calles vacías pienso en toda la vida que hubo hacía apenas unos cuatro años. Yo no estaba aquí pero seguramente estaba repleto, lleno de ruido. También en ese momento había que adaptarse a la sociedad, aprender a camuflarse y ser uno más. En la soledad sucede exactamente lo mismo.

Es un proceso diferente pero lo que he aprendido es que de igual manera se debe estar en constante movimiento. Proseguir con ciertas rutinas que podrían parecer absurdas dado las circunstancias, cómo vestirse, peinarse o mirarse en el espejo. Todas estas cosas las hago para no olvidarme principalmente de mí.

Quedarse estático es igual a rendirse porque la soledad es una marea engañosa que te lleva lentamente hacia una tormenta. Paso al lado de la estación de metro sellada. Miró en su Interior, me da escalofríos tan solo pensar entrar ahí. Paso por ahí porque tengo que revisar las trampillas que dejo a los roedores que andan por la zona. Vacía de humanos, la ciudad se inundó de todo tipo de animales, hasta de lobos que bajaron de las montañas para hacer su vida aquí. Son inofensivos porque todavía le tienen miedo a los humanos aunque por si las dudas y como siempre me ando con cuidado por si acaso. La trampa se encuentra vacía, quizás de regreso tenga más suerte.

Paso por el pequeño puente colgante. Me gusta mirar hacia el horizonte y mirar las puestas de sol desde ahí.

—Tengo que apurarme para que al regresar pueda ver la puesta del sol —Susurro. A veces suelo hablar sola, que fue una costumbre que adquirí con Alicia.

De pronto mientras caminábamos ella comenzaba a hablar de la nada y a inventar historias.

—He pensando que deberíamos establecernos ya ¿Sabes?

—Humm —Al principio no entendía y me costaba predecir cuando estaba hablando en serio.

—Piénsalo cuando tengas a tus hijos y yo a los míos será difícil para ellos venir a la escuela y tener que caminar tanto.

—Yo no pienso traer hijos a este mundo de porquería.

—Eso dices ahora porque no has conocido al hombre correcto.

—Si lo tuviera enfrente le diría exactamente lo mismo.

—Te creo, de verdad te creo. —Dijo ella soltando una risa fresca —Pero bueno, cuando

estemos trabajando también será difícil.

—¿De qué estás hablando? —Le dije a Alicia deteniéndome de golpe. Ella me miró un poco triste, pero yo continué. —¿Quién te va a contratar con ese atuendo?

A ella se le iluminó el rostro nuevamente. —Parece que no te has bañado durante días.

—Si bueno, es que tú solo miras el exterior, los voy a convencer con mi excelente carisma y mis extraordinarias habilidades.

—¿Ah, sí? Como cuales.. dime una.

—¡Podría decirte cientos! Pero solo te diré una... Aguantar a mi odiosa hermana en el fin del mundo.

—¡Contratada! —Ambas reímos y fuimos felices durante un instante más.

Reviso la trampa que he dejado para animales grandes, también se encuentra vacía, estoy segura esta vez si tendré suerte.

Volteó a todos lados. No soy la presa de nadie y no he llegado hasta aquí para ser cazada.

Yo soy la cazadora.

## ELLA

—Escucho ruidos —Estoy parada enfrente de la tumba de Alicia que se encuentra justo a lado de otro montículo más chico que le pertenece a Tormenta de Fuego.

Sé que me está viendo. Los siento en la espalda.

—Necesito respuesta. Ha tardado demasiado tiempo. Lo he pensado y.. en el mejor de los casos sólo me abandonó. En el peor, algo le ha pasado Sólo queda esperar...

Solo hay silencio.

—Estos días he escuchado ruidos. Estoy segura que no es producto de mi imaginación. Aunque me pone a dudar, a dudar sobre todo. Hasta he pensando que estoy enloqueciendo, por eso he regresado a los lugares que me recuerdan que todo eso no es una ilusión. He vuelto al huerto a la parte en donde no me dejaba entrar. Había sembrado algo y no me quiso decir que era. Era muy simple, se trataban de rosas. Estoy segura que yo no las planté porque yo odio las rosas. Supongo que quería dárme las de regalo pero no lo hizo porque se fue. También he revisado sus dibujos una última vez. Estoy segura que yo no los hice. Yo dibujo horrible. Me encontré el retrato de ella. Lo rompí en mil pedazos.

Cuando Alicia y yo encontramos a Antares casi agonizando, no creo recordar bien que le pasó, dijo algo acerca de algunos cazadores, que eran personas a quienes se les había podrido el cerebro y creían que nuestro propósito era el exterminio, y que ellos eran las manos para conseguirlo definitivamente. Después de atender sus heridas y darle de comer, no solíamos recoger a cuanta persona veíamos pero él nos inspiró confianza, nos dijo muy de prisa que tenía que regresar por sus dibujos. “Qué tontería” pensé, aún así lo acompañados de regreso por una pequeña carpeta en donde tenía varias hojas.

Nos fue enseñando uno a uno hasta que llegamos al rostro de una chica. Realmente no importa el aspecto de esa chica, un poco linda. Le preguntamos si era su compañera. Él dijo que lo fue durante un tiempo, que se habían encontrado y que ella era sordomuda pero que aún así podían comunicarse bien. No nos dijo que pasó con ella porque no le preguntamos, y después yo no lo hice porque no quería saber. Él jamás volvió a hablar de ella. Eso me hizo pensar que quizás sí habrían pasado alguna historia más profunda y más larga y eso al mismo tiempo demostraba la magnífica capacidad de Antares para deshacerse de todo.

De cualquier manera, nunca tuvimos un compromiso entre los dos. Cuando todo se está yendo a la mierda lo que menos importa es saber cuál es el significado que tienes con respecto a otra persona, porque con el tiempo cabe la posibilidad de que desaparezca cualquier tipo de significado.

Posiblemente mi rostro ahora esté en otra carpeta y justo ahora lo está viendo alguien más y Antares le está contando que fui alguien más en el camino.

—Gracias por escucharme.

Alicia no responde.

Acomodo unas flores en su tumba, me despido con un beso y comienzo a caminar en dirección al puente.

Me sigue.



## AMISTAD

Alicia gritaba como desesperada.

Antares y yo corrimos a toda velocidad para ver qué sucedía. Respiré profundamente cuando vi que se encontraba bien.

—¿Qué te pasa?

—¡Miren! —Volví a Gritar Alicia

Volteamos a ver en dirección a donde apuntaba el dedo de mi hermana. Debajo de una borde, justo al borde de una marquesina se encontraba un schnauzer escocés dando vueltas en círculos, con la lengua sacada y moviendo la cola a mucha velocidad. Parecía muy contento.

—Es muy tonto ¡Piensa que es un gato! —dijo Alicia. —Tenemos que bajarlo de ahí.

Antares se quedó en silencio durante un instante. Estoy seguro que no le gustó la idea de tener que escalar para subir por el cachorro, pero sabía que si no lo hacía él nosotras íbamos a subir. Dejó su mochila en el suelo y comenzó a trepar los barandales del edificio. Le ayudaba ser alto y en pocos segundos llegó hasta el pequeño perro. No ladró. Simplemente se acercó a Antares y se restregó contra su cuerpo. Antares no hizo caso, lo sujetó como si se tratase de un bulto y comenzó a descender.

—¡Hola amiguito! —Tenía mucho tiempo que no veía tan feliz a Alicia. Ella comenzó a acariciarlo y el pequeño daba de vueltas en torno a mi hermana, brincando y bailando.

—¿Cómo le vas a llamar? —Preguntó Antares.

—Alex.. No, espera. Odiaba a Alex, era un imbécil. Humm. ¡Antares!

—¡Oye! —Protestó Antares —¡Sólo hay espacio para un Antares en este mundo!

—Es verdad, es verdad. Ya es demasiado con uno —Alicia estaba tan feliz que no prestaba atención a nada más.

—Es un perro extraño —Dije —¿Alguien lo ha escuchado ladrar?

Y tampoco lo hizo de camino al refugio. Sólo lo escuché ladrar una única vez, el día que murió Alicia.

## BAILE

—¿Ya sabes cómo le vas a llamar? —Alicia le construía una pequeña tienda al lado de la suya a cada edificio que llegábamos. La construía con restos de tela o de tablas que encontraba por la zona, aunque prometió que al día siguiente iría a la ciudad a conseguir mejores materiales. Cuando le preguntamos porque no tomaba una casa de plástico de algún supermercado contestó que porque no sería especial y que su nuevo amigo no se sentiría feliz.

—¡Ya sé! —Exclamó Alicia. —Tengo el nombre perfecto.

—¿Cómo? —Preguntó Antares que se encontraba en sus cuadernos de dibujos.

—Tan solo mírenlo, tiene tanta energía, es tan feliz.. ¡Tormenta de fuego!

Nos quedamos en silencio durante un instante.

—Es un nombre espléndido. —Exclamé yo.

Alicia corrió con Tormenta de Fuego hacia la ventana en donde apenas quedaba una pequeña luz del día, y comenzó a bailar al ritmo de una canción que tarareaba, lentamente, con los ojos cerrados, hipnóticamente. Es como si hubiera entrado en trance. Tormenta de fuego daba vueltas en círculos y brincaba de manera arrítmica siguiendo a mi hermana. Alicia no escuchaba nada que le dijéramos. Únicamente abrió los ojos para tomarme de las manos e intentar que también bailara. Yo me negué. Tenía vergüenza. No sabía cómo perderme en la música.

—¡Es el maldito fin del mundo! ¡Muévanse! —Gritó.

| Antares río. Enseguida se puso de pie y comenzó a moverse, agitando los brazos y la cabeza. Me gustó ver su cabello moverse y a pesar de que sus movimientos eran un tanto torpes era bastante divertido. Cerré los ojos y comencé a bailar. Me sentí libre. Nadie me veía y me sentía contenta.

Desde hacía no me sentía tan feliz. Parecería imposible sentirse bien en medio del caos, pero ahora que lo recuerdo fue uno de los momentos más felices de toda mi vida.

## LA FORTALEZA

Regreso por el mismo puente. Me encuentro al borde teniendo la inmensidad de la ciudad y más allá las montañas a las cuales nunca he ido.

Estoy seguro que Antares no fue al sur porque de ahí venimos, y él siempre decía que el norte era el mejor lugar para ocultarnos. Que si existía algún lugar en donde el virus se pudiera detener sería en medio del frío. Llevábamos tiempo escuchando acerca de un lugar que muchos inmunes llamaban La Fortaleza que era un lugar inexpugnable y seguro. Supuestamente se encontraba aquí pero hasta ahora no teníamos ningún rastro.

Tal vez únicamente se trataba de un mito, como una bonita forma de no perder la esperanza. Antares me contó que en alguna ocasión conoció a unos viajeros que dijeron que La Fortaleza debería estar en lo más frío de esta ciudad y desde ese entonces a él no se le quitó esa idea de la cabeza. Por un momento creí que lo había olvidado cuando nos establecimos aquí, pero a veces salía a hacer recorridos en los que tardaba muchas horas en regresar, a veces días. Me dijo que tenía el presentimiento de que estaba cruzando las montañas congeladas porque nunca nadie pasaría hacia ese lado porque ahora todos intentaban estar lo más cerca de la comida. Que era el lugar perfecto para ocultar un refugio.

Él podría estar ahí.

Extiendo los brazos y cierro los ojos. Me acerco más al borde del puente. Me pregunto cuántos metros serán de caída. Siento vértigo. Doy un paso más cuando de pronto se escucha un sonido estrepitoso y después un grito.

La trampa funcionó.

Algo ha caído en la trampa que dejé atrás de mí, justo a unos metros de distancia. Escucho el gemido de un hombre. Me acerco lentamente para ver quien ha caído en la trampa, preparo mi escopeta para cualquier cosa. Es un encapuchado y apenas si puedo ver su rostro por la espesa barba que le cubre.

—¿Quién eres? —Gritó mientras le apunto.

El hombre se sobresalta por mirarme con mi escopeta sobre su cabeza. Parece que se ha lastimado el brazo y la pierna.

—Mi nombre es Rigel —Dice. Su voz se escucha de alguien joven.

—Bien, Rigel. ¿Puedes decirme por qué me estabas siguiendo?

No alcanzo a ver muy bien pero todo indica que quiere liberarse de la trampa.

—Yo... te estaba cuidando.

Frunzo el ceño. Me quiere engañar. Es algún demente, un carroñero o algo peor; un cazador. Bajo lentamente por la trampilla. La luz me revela un poco más de su rostro. Sí, es alguien joven, cabello oscuro, cejas abultadas y barba descuidada. Lleva puesta la capucha de su sudadera, unos pantalones de mezclilla, botas y una mochila con mucho equipamiento. Quizás traiga un buen botín. Aparte de algo que parece un hacha no veo ningún arma de fuego pero sí veo sangre en el suelo.

No me la pienso dos veces. Volteo la escopeta y le atino un fuerte golpe en la cabeza que lo deja inconsciente.

## OSCURIDAD

Golpes, quieren entrar.

Todavía alcanzamos a llevar a mi padre hasta el hospital de la Ciudad segura a pesar de que él insistía que no tenía caso. Cuando llegamos todos estaban abandonando el lugar. Dejaron a enfermos sin más cuidado. La situación se había convertido insostenible.

Como pudimos lo arrastramos hasta una camilla y ahí lo recostamos. Apenas había unos cuantos enfermos pero ya no había alimentos para la gente que les cuidaba y ya todos tenían a un familiar enfermo.

—¿A dónde se dirigen? —Pregunté a una señora que estaba cuidando a su hijo. Por las ventanas salían camiones y gente con sus maletas.

—Nadie sabe —Contestó la señora —Supongo que quieren escapar pero ya no hay a donde ir. —Con una pequeña tinaja de agua le limpiaba el sudor a su pequeño hijo de unos quince años.

Alicia me pegó con el codo y con los ojos me señaló a unos hombres que se encontraban sentados en una esquina y que nos miraban fijamente.

—Será mejor que llevemos a papá a alguna habitación.

Alicia asintió y comenzamos a mover la camilla hasta una habitación hasta el fondo de un pasillo. De reojo observé cómo los hombres se pusieron de pie y comenzaron a caminar en nuestra dirección.

—No las quiero dejar solas —Dijo mi padre en un momento de lucidez. Alicia puso el seguro y comenzó a atrancar la puerta con algunas sillas y unos carritos de medicinas que estaban en la cercanía.

—Vamos a estar bien —le dije.

—No se acerquen a los infectados. No importa que sean inmunes. Hace unas semanas noté que comenzaba con los síntomas de la misma manera, supongo que hay varios grados de inmunidad. Creo que el virus se encuentra mutando constantemente. Estos infectados que están aquí deben haber llegado como sanos y después han desollado al virus completamente.

Unos toquidos a la puerta interrumpieron.

—¿Se encuentran bien? —Era la voz de uno de esos hombres.

Mi padre miró con angustia en dirección a la puerta y enseguida señaló su mochila que Alicia llevaba en su espalda. Comenzó a negar con la cabeza mientras sus ojos se cerraban lentamente. Yo mantuve mi cabeza junto a la suya mientras se desvanecía, mientras mi padre poco a poco se iba de nosotras.

Alicia abrió la mochila y sacó la pistola de mi padre. Los toquidos comenzaron a aumentar. Empezaron a patear la puerta. Alicia y yo nos abrazamos. Sin querer yo sujeté su suéter con miedo y rabia. Ella comenzó a tararear una canción en voz baja.

—No hay quien nos proteja, vamos a cuidarnos nosotras mismas.

Yo asentí con la cabeza. Alicia apuntó en dirección a la puerta en donde los golpes iban en aumento.

—Apaga la luz —Me dijo.

Quedamos en total oscuridad. A partir de ese día decidimos no tener miedo. No íbamos a ser la presa de nadie. Cuidamos la una de la otra.



## RIGEL

Se encuentra abriendo los ojos, lentamente. El golpe que le di le ha dejado dormido un día entero. Me mira y parpadea. Debe estar recuperando la visión y la conciencia. Se intenta mover pero se da cuenta que se encuentra amarrado. Intenta forcejear. No puede liberarse.

—No tiene caso, te he sujetado muy bien.

—¿Qué ha pasado? —dice, se encuentra agitado. —¿A dónde me has traído?

—Yo responderé tus preguntas sí, pero primero tú responde las mías.

Piensa durante un instante y se da cuenta que le he vendado el brazo y la pierna mientras se encontraba inconsciente. No parece ser agresivo. Asiente con la cabeza.

—¿Por qué me estabas siguiendo?

—No te estaba siguiendo, te estaba cuidando. Por un momento creí que te ibas a arrojar del puente.

No puedo evitar reír.

—¿Sigues con eso de que me estabas cuidando? Pues no necesito que me cuides, así que ya me puedes decir la verdad.

—Lo estoy diciendo en serio. ¿Puedes liberarme? No voy a hacerte daño.

Yo niego con la cabeza.

—Todavía no he decidido si eres de confianza. ¿Sabes? No se llega a sobrevivir hasta este punto confiando en la palabra de cada extraño que se aparece. —Escucho extraña mi voz, tenía rato que no hablaba con nadie. —Voy a dejarte aquí hasta que me decida que hacer contigo.

Lo dejé en una pequeña bodega a unos metros del refugio, la habíamos preparado para algunos animales y como tal la habíamos reforzado con algunos candados para este uso. Sería suficiente para retenerlo a él también.

—¿Vas a dejarme aquí? Me voy a morir congelado.

—Pues.. mala suerte —Digo haciendo una mueca con la boca. —No debiste fisgonear en donde no debías Rigel.

Él saca un suspiro. Yo doy media vuelta y me dispongo a poner candado a la puerta cuando él vuelve a hablar.

—Me envió Antares por ti.

Volteo abruptamente. Lo miro. Quiero matarlo.



## VERDAD

Efectivamente, en su mochila tenía muchas provisiones y algunos utensilios útiles. Encontré por ejemplo una pequeña lámpara de aceite que ahora es muy eficiente. Sin electricidad, este tipo de cosas se convierten en un verdadero tesoro. No obstante todo eso lo dejé en su maleta, no soy una ladrona. Me remonto a las palabras de Antares que decía que no tenía ningún caso sobrevivir si es que algo bueno de la humanidad no prevalecía.

Lo he estado mirando durante horas. Por una de las rendijas de su “cárcel” le he estado dando el alimento que traía en su mochila. No me ha querido decir la verdad. Repite lo mismo una y otra vez pero no tiene sentido en mi cabeza.

—¿Cómo sabes ese nombre? ¿En dónde está? —Un pensamiento fugaz pasó por mi cabeza —¿Qué le hiciste maldita sea?

—Nuevamente, estoy diciendo la verdad —Dijo con total calma. Pero no es una prueba. Es increíble lo que las personas pueden llegar a hacer para sobrevivir. Muchos aprendieron a ocultar sus verdaderas intenciones. En los rostros serenos se pueden ocultar los peores monstruos. —Te digo que me ha mandado por ti. Él se encuentra en la fortaleza.

Negué con la cabeza. Tenía ganas de ahorcarlo, de sacarle la verdad a golpes, pero me contuve. Algún error y sería mi fin. Si en algún arranque de ira me acercara lo suficiente a él y me sujetara yo me convertiría en la presa y ahora sí, no habría nadie que me pudiera ayudar. La prudencia y la cabeza fría son dos de las mejores habilidades que he adquirido en este tiempo.

—Él no se habría ido sin mí. —Dije, aunque con cierta duda. Sentía que las lágrimas querían brotar de mis ojos. Resistí. Hacía algunos años estas circunstancias me habría superado. En situaciones en las que me sentía verdaderamente vulnerable o desesperada no podía decir una sola palabra sin que la garganta se me hiciera un nudo y los ojos los tuviera empapados de lágrimas. Todo eso quedó atrás, aunque ahora siento que todo vuelve a ser como en esos tiempos.

—No lo hizo —Dijo él. —Puedo describirte cómo es él.

Pienso que miente, algo en mi interior me lo dice.

—Alto, cabello largo y negro, tiene un par de dientes rotos, tiene el tabique de la nariz dislocado..

Sí, era Antares.

—Eso no me dice nada. Un asesino puede conocer perfectamente a su víctima. No creo que sean muchas personas con las que te hayas encontrado últimamente. Sería muy fácil recordar todo eso. Aparte, no pareces el tipo de persona que cuida de otra.

—Yo no soy asesino —Fue su respuesta. —Te estoy diciendo la verdad y si no quieres hacerme caso ya es tu problema.

Rigel se quedó en silencio, como si de pronto hubiera dicho algo que me le molestara.

Lo he estado observando durante todo este tiempo. Sumida en mis pensamientos. Intentando discernir cómo es que sabía eso de Antares. Mi primer opción y la que temo más es que le haya hecho daño, en ese caso.. ¿Cómo habría sabido que yo estaba aquí? Eso sería fácil, a Antares le gustaba hacer mapas y pudo tomar alguno de esos y venir hacia esos puntos con la idea de obtener algo de valor. La segunda opción es que tenga razón, y Antares sí encontró la fortaleza pero por alguna razón no ha podido venir él.

Quiero creer que es la segunda opción.



## NIEVE

No te mueras

Despierto con una sola idea en la cabeza. Todavía no ha amanecido y es más oscuro de lo común porque comienza a caer la primer nevada. Me paro y comienzo a preparar mis cosas. Mi pequeña mochila que uso cuando salgo a explorar ahora está llena. se ha sobrecargado porque llevo la bufanda de Antares, su abrigo, su taza de café y su libreta de dibujo, por si acaso no regreso aquí...

Tuve un sueño en el cual Antares se encontraba agonizando en medio de la nieve. Me estaba pidiendo ayuda. Fue tan real. Tenía que ir a buscarlo. Si este le hizo algo quizás necesita de mi ayuda y yo estoy aquí perdiendo el tiempo...

Cierro el refugio y comienzo a caminar lo más rápido que puedo. Llevo dos maletas de mano y una mochila en mi espalda.

—¡Hey! ¿A dónde vas? —Escucho la voz de Rigel que se asoma desde su prisión. —Ni siquiera sabes a dónde dirigirte.

No hago caso a sus palabras. Cualquier cosa que diga ahora será para confundirme.

A la mierda el refugio, a la mierda esta ciudad y a la mierda mi vida. Soy tan estúpida por pensar que me abandonaría, seguramente sí fue a buscar la Fortaleza porque él es un necio y algo malo le ha pasado en el camino porque también es un despistado. Y yo estoy aquí encerrada pensando lo peor de él. Como una egoísta, pensando que me ha abandonado. Y él necesitando de mi ayuda.

Quizás fue como cuando Alicia cayó en el pozo de la fábrica por rescatar a Tormenta de Fuego. Comienzo a subir la colina del barrio que conduce a la autopista. Todo está más resbaloso y no traigo los zapatos adecuados. Soy una descuidada e impulsiva. Traje demasiadas cosas de Antares ¿Por qué? Cuando lo encuentre podemos regresar aquí. Quizás algo en mi mente me dice que no lo voy a encontrar. Que es una excusa para rendirme. Es como salir derrotada. Si estuviera realmente dispuesta a encontrarlo llevaría agua, vendajes o algo que pudiera ser verdaderamente útil.

Volteo. Todavía alcanzo a ver el refugio, pequeñito en medio de la ciudad. El único edificio con vida en toda la zona. observo la prisión en donde dejé a Rigel. No puedo dejarlo ahí, pero si regreso a liberarlo y me hace daño.. Me sacudo la cabeza. Voy a encontrar a Antares y regresaremos al refugio y todo volverá a hacer como antes. No le pasará por dos días que me encuentre afuera. Si en algún momento necesito coraje será este... Si en algún momento necesite valor y agudizar mis sentidos es justo este.. Comienzo a avanzar en dirección norte. Ni siquiera siento el frío de la nevada. Él no se habría detenido por el clima, o por la lluvia o por no tener el calzado necesario. Me habría buscado y estaría para mí. Estoy segura.

Me detengo en seco. Una duda rodea mi cabeza. ¿Hacia a dónde habrá ido? Si es que fue a buscar agua entonces fue en dirección a la antigua fábrica, al sur. también pudo ir en dirección al cementerio, al oeste. Si es que quería ver las montañas y la pista que conduce a la capital entonces iría al este. En caso de que fuera verdad que fue a buscar el refugio que sí es muy probable entonces iría al norte.

¡Al norte! Seguramente fue al norte. Él conocía perfectamente las otras ubicación y no habría podido caer en ninguna trampa. Era despistados pero no tanto. .

No avanzo. Otra duda mucho más fuerte golpe mi cabeza. ¿Y si regresa y yo no estoy aquí? Si regresa y no me encuentra y al observar a mi prisionero piensa que me ha hecho algo y se desquita con él.. O simplemente sale a buscarme y entonces si jamás nos volvemos a encontrar.

Comienzo a caminar de regreso. Tendría que decidir si creerle o no a Rigel, todo dependía de eso.

## FUEGO

Llovía

Un rato después de platicar con Rigel, quien continua con la misma versión, el cielo se tornó oscuro y algunos truenos se escucharon en la lejanía. Me aseguro de que mi prisionero tenga todo lo necesario para mantenerse seco y no enferme. Sería una verdadera tragedia que después de sobrevivir a un virus mortal muriera por una simple gripe. Y bueno, yo tampoco era una asesina.

Yo me quedé en el refugio pensando. Me comenzaba doler la cabeza. Me sentía confundida y al mismo tiempo me sentía muy molesta. No necesitaba de su cuidado, si era verdad ¿por qué habría mandado a alguien por mí? No necesitaba que nadie me cuidara y él lo sabía perfectamente. Alicia y yo fuimos quienes lo rescatamos. No había razón para que él pensara que necesitaba su ayuda. Pudo haber venido él.. Necesitaba de su compañía, de él El sonido de la lluvia hace que mis ojos se sientan pesados y la total oscuridad me obligan a descansar durante un instante. Al menos tengo la esperanza de que se encuentra en algún lugar y algo me dice que está bien aunque un pequeño sentimiento no me deja tranquila. Será la sensación de saber si creerle o no a ese sujeto. Me quedo en un rincón mirando al frente, escuchando los fuertes truenos que parece que caen muy cerca de mí.

De un momento a otro todo el refugio se iluminó completamente y después escuché el sonido de un trueno tan cerca que me hizo brincar del susto. En seguida por la ventana asomó la luminiscencia del fuego. Había caído justo en un roble seco que se encontraba afuera del refugio.

Me sobresalto. No puedo evitar entrar en pánico al mirar el fuego tan cerca del refugio.

“Que arda todo, maldita sea” Pensé. Lo dije porque esperaba que la lluvia apagaría el incendio pero justo en ese momento se empieza acabar. El árbol se seguía consumiendo. Estaba muy cerca del huerto.

—Mierda

Bajo a toda velocidad. Se está acercando a las lianas que estaban en el techito que protegían algunas de las plantas y verduras. Comienzo a retirar las ramas que están cerca del fuego. Siento el calor muy cerca.

—¡Heeey! ¡deja eso! —Nuevamente, es Rigel que grita desde su cárcel.

El fuego sigue creciendo. Una rama cae encima del techo del huerto. Busco por todos lados y no hay nada que me pueda ayudar a retirar esa rama. Corro nuevamente a la casa y me pongo unos guantes. Salgo y me ayudo de unas macetas para subir hasta el techo del huerto, tomé una pequeña rama y la aviento. Por la adrenalina no siento la quemaduras de mis manos.

—¡Adhara, deja eso! —Volteo a verlo. Antares jamás le habría dado mi nuevo nombre a un desconocido.

El fuego se encuentra subiendo al techo de la casa. Grito mientras observo las llamas consumiendo todo. Jamás debió irse Antares, él tendría que estar aquí para ayudarme a apagar esto ¿para qué necesitamos la Fortaleza? Aquí lo teníamos todo y ahora se está quemando. El huerto se está quemando y las estúpidas flores que jamás pudo regalarme seguramente están arruinadas. Antares lo arruinó, siempre tenía que arruinarlo.

Pateo la tierra y aviento los guantes. Tengo las manos quemadas.

—¡Adhara, el techo!

Avanzo rápidamente hasta su cárcel. Quiero que se calle. Si a Antares no le importó

entonces a mí tampoco.

Abro la puerta de la cárcel de Tom.

—Ve y apágalo.

Observo su sombra saliendo de la bodega. Está avanzando hacia mí. El enojo se baja de mi cabeza y siento miedo. ¿Debería correr?

## IMPERFECCIÓN

Acaricio su rostro

Lo que más me daba miedo de morir era dejarte solo. Aunque siempre aparentabas ser fuerte y tener todo bajo control la verdad es que no tenías nada bajo control.

Me gustaba observarte trabajar en el huerto fingiendo que sabías lo que hacías. Mientras podabas los árboles o reparabas alguna sección del refugio. Llegabas a mí lleno de cortadas y golpes que te habías dado. A veces tú era el peor peligro para ti. .

No eras perfecto.

Yo tampoco lo era, y tampoco lo era mi padre y tampoco lo era Alicia. Tenías el peor carácter de todos. Siempre estabas luchando con todo ese fuego que ardía dentro de ti. De verdad sentía envidia como podías estallar, aventar las cosas que tenías en la mente y dos minutos después estar riendo como un desquiciado.

Al principio me daban miedo tus arranques de enojo y me hacían llorar. Después comprendí que no era contra mí, que era tu manera de estar asustado y pedir ayuda. Y también entendí que te reponías tan rápido porque habías entendido perfectamente que nadie más podía ayudarnos y que todo lo teníamos que arreglar nosotros.

Tomabas aire y volvías a intentarlo. Estoy segura que fuiste el niño más odioso del planeta.

Y el más dulce.

Me gusta verte dormir, aunque duermas horrible. Me hace sentir tranquila. No sé que sueñas pero imagino que algo agradable porque siempre lo haces con una sonrisa. El cabello se te revuelve y el sudor te escurre por el cuello. No eras perfecto, yo lo sabía.

Pensaba ¿Qué haría él sin mí? ¿Qué haría yo sin ti?

## CENIZAS

Me mira fijamente, veo el fuego del árbol reflejado en sus pupilas.

Comienza a correr pero pasa de largo y va directamente hacia el fuego que se expande en el techo. Respiro. Como es más alto alcanza rápidamente las ramas que estaban sobre el tejado del huerto y las avienta afuera de la reja.

—¿En dónde están mis cosas? —Me dice. No reacciono a la primera, agito la cabeza y corro adentro de la casa. Le entrego su mochila. Él busca rápidamente en su interior y me mira desesperado.

—¿El hacha? ¿En dónde está el hacha?

Durante un instante dudo si debería entregársela. Ya está hecho. Vuelvo a entrar en la casa y se la entrego lentamente. Él la arrebata de mis manos y se aleja en dirección al huerto. Comienza a cortar los postes del tejado. Entiendo lo que quiere hacer. Corro y comienzo a patear los pequeños carrizales a manera de soporte que yo había colocado. Todo el techo colapsa y cae encima de las plantas pero el fuego sigue ardiendo. Como un perro Rigel comienza a arrojar montones de tierra, o lodo hacia el fuego. Yo le ayudo hasta que por fin lo extinguimos. Estamos jadeando, empapados de agua lodo y ceniza.

Falta la parte de arriba. Rigel toma una bocanada de aire, recoge una de las macetas y sube corriendo a toda velocidad. Yo hago lo propio con otra maceta de lodo. Cuando yo voy subiendo él ya va de regreso. Funciona. Después de un rato el fuego por fin se extiende y únicamente queda alguna flama encendida en alguna parte del pateo o en el exterior.

Me desplomo en la tierra al ver el destrozo que ha quedado. Me obligo a tragarme mi orgullo para no llorar. Me convengo de que después vamos a reconstruirlo.

—Gracias... —Le digo a Rigel quien también se encuentra visiblemente exhausto

—Salvamos una parte —Dice él.

Asiento con la cabeza. Lo miro durante un instante mientras se encuentra recobrando las energías. No me hizo daño cuando tuvo la oportunidad, es de confianza. Quizás si tenga razón y Antares me está esperando en la fortaleza.

—Mañana temprano saldremos —Dije.

—Bien —Es su única respuesta.

Lo dejé dormir en la casa aunque nuevamente tomé todas las precauciones. Como la habitación en donde dormíamos Antares y yo quedó muy afectada por el incendio me pase a la habitación de junto que estaba más vacía. Atranqué la puerta con algunos muebles y me dormí con mi cuchillo y mi pistola de mano a un lado mío Cuando Rigel me pregunta porque no íbamos a otro lado le dije que si era la última noche que pasábamos ahí sería en el refugio y no en ninguna otra parte.

Él no lo entendía porque no había vivido lo que yo ahí. Seguramente en una ciudad tan grande y vacía existirían cientos y miles de lugares con mejores condiciones, algunos edificios de lujo o mansiones quizás. Pero Antares y yo elegimos este lugar porque podíamos construirlo desde cero. Y aunque no estuviera aquí y no hubiera venido personalmente por mí este seguía siendo mi hogar hasta que partiéramos.

—Se fue primero porque yo ya no quería buscar la fortaleza. —Susurré.

Él estaba muy emocionado por ir a buscarla. Recuerdo que pasaba horas hablando de ella.

Cuando recién llegamos aquí pensó que la habíamos encontrado y el rostro se le iluminó.

—Tendremos un nuevo inicio —Nos dijo a Alicia y a mí en cuanto vimos la ciudad. Veníamos de andar por carreteras interminable en donde utilizamos todo tipo de transporte, cualquier auto que tuviera un poco de gasolina, bicicleta o nuestros pies cuando teníamos que cruzar alguna ladera o simplemente teníamos que seguir avanzando.

La ciudad era un eco en sí misma. Recorrimos sus calles hasta el cansancio hasta que caímos en cuenta de que era mucho más grande de lo que creíamos.

La fortaleza podría estar en cualquier lado.

## GARABATOS

El cielo está despejado, únicamente se ve una sola nube en la distancia y hace buen clima, apenas una ligera brisa que refresca la cara cuando pasa. Rigel se encuentra abajo mientras yo empaco las cosas necesarias a toda velocidad. Llevo más de las tres maletas que cuando planeaba irme la primera vez y todavía me faltan muchas cosas.

Me detengo durante un instante para observar todo lo que he empacado. Me rasco la cabeza mientras pienso que no es prudente llevar todas las cosas. Aunque quizás Rigel podría hacer algo de provecho y ayudarme. Bajo las escaleras corriendo. Él se encuentra mirando el horizonte con su maleta en los hombros. Llamo su atención azotando las tres maletas en el suelo.

—¿Recuerdas si Antares iba bien abrigado?

Rigel no puede evitar abrir los ojos como platos al observar toda la carga que llevo.

—Hummm —Se acaricia la barba, me mira y enseguida mira al piso. Hace una mueca con la boca.

—¿Y? —Digo impaciente.

—Si me parece que sí iba bien abrigado. ¿Vas a llevar todo ese equipaje?

—¿Vas a ayudarme?

Él vuelve a pensar. Piensa demasiado. Me desespera un poco.

—Quizás deberíamos viajar más ligeros.

Puede que tenga razón. Subo y me tardo otro rato mientras escojo que debo dejar y que no. Estoy segura que yo también lo desespero pero también estoy segura que cuando llegemos a la fortaleza no regresaremos aquí. Me retraso a propósito porque es mi forma de no querer abandonar todo esto. La mayoría son cosas viejas pero tienen mucho valor para mí. No puedo evitar sentir cierta nostalgia, mucha mejor dicho. Tengo que aceptar que me da vergüenza sentir esto por un lugar así. Solo es que desde hace cuatro años me la he pasado caminado de lugar a lugar que esto es el único hogar que he tenido desde entonces.

Sacudo mi cabeza. No me puedo encariñar a nada. Solo son cosas. Le doy un vistazo rápido. Solo llevaré mi mochila de la espalda con todas las cosas. Unas cuantas provisiones más, medicamento, meto a la fuerza el suéter de lana de Antares y las calcetas. Tengo sobre la cama la escopeta y el rifle, me decido por llevarme el rifle. Eso es todo...Bajo las escaleras y de inmediato las subo corriendo nuevamente. La libreta de dibujos de Antares. No la puedo dejar. La abro rápidamente y observo que en las últimas páginas tiene algunos garabatos de dibujos que no terminó. Se la llevaré para que lo haga de una vez por todas. Aparte porque siempre me da mucha paz verlo ahí dibujando y si no lo hace me voy a sentir muy nostálgica con este lugar y eso me hará sentir como una tonta.

Comenzamos a caminar y Rigel no dice nada.

—¿En qué dirección tenemos que ir?

Rigel señala con su mano hacia el interior de la ciudad. Hacia el norte. No me gusta internarme más allá pero no protesto.

—¿En dónde te encontraste a Antares? —Pregunto.

—Allá mismo —Responde señalando nuevamente hacia el interior de la ciudad, y se queda callado. Nunca creí que encontraría alguien que fuera más seco que yo. Supongo que será un largo viaje.



## EL LÍDER

Mientras caminamos yo voy retrasando mi paso para quedar justo detrás de Rigel. Le voy tomando confianza, aunque todavía se la tiene que ganar, pero por el momento le tengo la confianza que una intuición afilada en un par de años muy difíciles te puede otorgar. Camino de esta forma porque son pequeños detalles que uno va aprendiendo con el tiempo, como mirar siempre a todos lados, tener mi arma siempre lista y los cadetes siempre atados. Puede parecer una estupidez pero esos pequeños detalles pueden hacer la diferencia.

—¿Se te perdió tu arma? —Pregunto. Observo que colgando de su pantalón únicamente lleva su hacha.

Hace un gesto de extrañeza y me señala su hacha Tomahok.

—Quiero decir tu arma de verdad, de fuego, con balas..

—No uso. —Dice. Comienzo a entender cómo se sentían Alicia y Antares cuando yo me comportaba como una imbécil.

—¿Puedo saber el por qué?

Se queda en silencio durante un instante

—Prefiero no entrar en confrontaciones de arma de fuego, si es que llega a suceder prefiero huir de ahí. Con esa lógica, no la necesito. Esta hacha resulta más una herramienta que un arma.

Ahora yo soy quien hace una mueca con la boca.

—Supongo que todos tenemos nuestras formas de sobrevivir, algunas menos terrible o más sencillas.

—Todos hemos hecho cosas terribles para sobrevivir.

—Es verdad... —Digo. Todavía no termino la frase cuando veo que Rigel se dirige a toda velocidad hacia mí. Me sobresalta durante un segundo, me toma del brazo y me lleva detrás de un auto, yo tengo mi dedo en el gatillo.

—¿Qué sucede? —susurro.

Rigel me hace señas con las manos de que mire hacia la calle izquierda. Me asomo lentamente y miro una jauría de lobos que se encuentran comiendo algún animal, quizás un siervo o algún otro roedor. Dos lobos grandes y grises gruñen y uno de ellos muerde al otro para quedarse con un trozo de carne. A su alrededor se encuentran otros tres más pequeños que se encuentran a la expectativa.

Me vuelvo a agachar y observo que Rigel sostiene con fuerza su hacha.

—Allá —Le digo señalando la calle contigua.

Él asiente con la cabeza y comenzamos a movernos lentamente. Algo pisa Rigel y hace un ruido, pequeño, pero que se intensifica por el eco de la calle. Vólteo a ver a los lobos. Ellos también miran en nuestra dirección.

—¡Corre! —Comienzo a correr lo más rápido que puedo y sin darme cuenta me coloco enfrente de Rigel. Los lobos vienen detrás de nosotros. Miro a todos los lados y observo unas puertas de vidrio de un edificio. Entramos a una recepción.

—Hacia allá —Dice Rigel señalando unas escaleras, comenzamos a subir. Escucho el gruñido de uno de los lobos abajo. Seguimos subiendo a toda velocidad los escalones que suben en forma de caracol. Alcanzo a visualizar el hocico de uno de ellos. Llegamos hasta un largo

pasillo repleto de puertas. Escogemos una, es una amplia sala de alguna televisora. Tomo del brazo a Rigel y salimos por una pequeña ventana de vidrio hacia un pequeño balcón. Un lobo entra, ruge y enseguida llegan los demás.

Rigel y yo comenzamos a caminar a la orilla del pasillo para alejarnos del ventanal. Uno de los lobos grises asoma la cabeza. Nos gruñe. Olfatea y comienza a salir.

—Atrás de mi, de prisa —Exclama Rigel.

Yo me detengo, me quito el rifle de mi espalda y apunto.

—Hoy van a suceder cosas terribles —Susurro. Un disparo directo a su cabeza.

El disparo ha sonado tan cerca de Rigel que se ha quedado en blanco, como petrificado.

—Te dije que no necesitaba que me cuidaras.

Ahora sólo queda esperar a que la jauría de lobos se disperse, no obstante observamos como debajo de nosotros dan de vueltas y parece que se preparan a darnos caza en algún descuido. Creí que había matado al líder pero no ha sido así. Tengo la ligera sospecha que esto se lo han tomado personal.

## SUBTERRÁNEO

No hemos esperado demasiado tiempo para escabullirnos entre las escaleras. En más de una ocasión algunos lobos estuvieron a punto de dar con nosotros. Esta vez he dejado que Rigel sea quien guíe. Al menos tiene una cualidad y esa es la de ser muy escurridizo. Ahora entiendo porque me pudo seguir tanto tiempo sin que me diera cuenta. Supongo que esa ha sido su manera de sobrevivir. También es válida. Aunque dice que no la utiliza como un arma agarra su hacha como si estuviera a punto de lanzarla. Mientras recorremos los pasillos de uno de los edificios no puedo evitar pensar en Antares. Seguramente está un poco desesperado. Siempre fue tan desesperado, pero bien, si quería tenerme a salvo hubiera venido por mí. La sangre se me sube a la cabeza y tengo que respirar para sacar esos pensamientos de mi cabeza.

Nos encontramos en una puerta que da hacia un largo boulevard. Creo ver a la distancia un pequeño lobo que se encuentra olfateando. Se encuentra al alcance y con un buen tiro podría volarle la cabeza pero eso alertaría a toda la jauría y ahora estamos demasiados cansados para volver a correr, y todavía no conozco las habilidades guerreras de Rigel así que no me puedo fiar tan bien de él.

—Tenemos que entrar al subterráneo —Me dice, señalando la angosta entrada que se antoja mucho más oscura que cualquier edificio al que he entrado, como un abismo en el fondo del mar.

Yo niego con la cabeza.

—Podemos llegar a otro edificio.

—Nos van a olfatear ¿tienes tantas balas?

Pienso durante un instante y acepto de mala gana. Tomo aire y en unos cuantos pasos nos encontramos en la entrada del subterráneo el cual despide un olor extraño. Las dos peores combinaciones. Comenzamos a adentrarnos paso a paso al mismo tiempo que siento un escalofrío recorriendo por mi espalda. Sujeto el hombro de Rigel. Creo que ha entendido que me da miedo y no dice nada.

A pesar de que mis ojos se comienzan a acostumbrar a la oscuridad ya he tropezado innumerables veces.

—¿Por aquí llegaste?

—No, vine por arriba.

—Parece que sabes bien por dónde vas.

—Sólo tenemos una dirección a donde ir. —Dice. Tengo la impresión de que se encuentra enojado siempre, me recuerda mucho a mí.

Terminamos de dar la vuelta por un pasillo y ante nosotros aparece un vagón de metro medio volcado. En el suelo se observan varias maletas abiertas. Comenzamos a revisarlas pero es inútil, no hay nada de valor, algunas prendas, zapatos grandes y objetos sin ninguna utilidad. Nada de comida. Rigel me ofrece la mano para bajar hacia las vías del subterráneo pero yo me niego y de un brinco llego hasta donde él se encuentra.

Introduzco mi mano en mi mochila y saco mi encendedor, hay muy poca luz y el pequeño fuego que sale de él apenas si ayuda. Comienzo a respirar fuerte.

—¿Casi no salían a explorar? —Me pregunta Rigel. Parece que él no tiene miedo.

—Antares recorrió toda la ciudad porque se suponía que aquí estaba la fortaleza. Aunque nunca tomamos este camino.

Rigel asiente con la cabeza.

—Eso es lo que me dijo él. Que era en esta dirección. Que no dejáramos de avanzar hasta ver el faro o algo así.

—¿Cómo lo conociste?

—Él me encontró. —Dijo. No puedo mirar su rostro por la densa oscuridad, pero su voz se escucha más apagada de lo normal. Lo dice casi como en un susurro.

—Supongo que a mí también me encontró. —Lo digo para mí.

Seguimos caminando en medio del túnel y la oscuridad. Mi olfato y mi vista comienza a acostumbrarse, como siempre uno se tiene que adaptar a las circunstancias.

## LA CURA

Recuerdo su emoción cuando creyó que habíamos encontrado la Fortaleza. Era como un niño.

—¡Ahí!— Señaló Antares. Era un complejo de bodegas con alambrado alrededor debajo de unos edificios.

—Es la fortaleza.. —Dijo. Aunque yo reconocí que se trataba de algún complejo militar por todos los distintivos que tenía.

—¿Crees que sea ahí? —Pregunté —Mi padre me dijo que no nos acercaremos a los complejos militares.

—Debe ser ahí, ¿quienes más podrían resguardar la última esperanza del mundo?

—No lo sé...

—Echemos un vistazo —Dijo Antares al mismo tiempo que avanzaba.

—No parece que haya alguien ahí, como en todas partes..

Antares ríó.

—No creo que tenga un letrero en donde diga que aquí es la Fortaleza ni tampoco que tengan un comité de bienvenida.

Suspiré profundamente. Demasiada mala suerte nos había traído ya la Fortaleza para que ahora volviera a aparecer en nuestra vida. Atravesamos el enrejado sin ninguna dificultad hasta llegar al muro que circundaba la edificación.

A pesar de que Antares siempre era partidario de ser prudente si situó en la enorme entrada metálica y comenzó a gritar durante varios minutos.

—No hay nadie —Dije. Yo me mantenía a la expectativa de ver asomándose a alguien.

—Tenemos que buscar otra entrada. —Dijo y comenzó a buscar con la mirada algún muro que pudiera saltar hasta que dio con uno. Con una velocidad casi absurda en menos de tres movimientos Antares ya se encontraba arriba. Se sujetó fuerte y me ofreció mano.

—¡Ven!

Suspiré.

Hice lo mismo que él y no fue hasta cinco intentos después que pude hacerlo. Una vez en tierra me comencé a revisar las rodillas. Me había dado unos buenos golpes en mis intentos. Después de que Antares me revisara simplemente como un gesto de preocupación, porque realmente no podía hacer absolutamente nada en caso de una lesión, comenzamos a caminar por el extenso patio de las instalaciones. Había varios camiones militares desvalijados, cajas y como siempre más maletas.

Antares se mantenía en silencio mirando a todos lados. Si existía la Fortaleza debía ser un lugar como ese. Miraba a todas las puertas esperando que se abrieron de pronto. Llegamos hasta unas puertas metálicas que estaban semi abiertas. Antares se detuvo y la abrió con gran facilidad. Miraba hacia abajo como fulminado. Sabía entonces que ahí tampoco habría nadie.

—Entremos a ver si al menos encontramos algo de provecho.. —Dijo visiblemente triste.

—Te digo que deberíamos irnos —Insistí —Aún hay muchas partes de la ciudad que no hemos explorado.

Tal y como si no me hubiera escuchado continuó avanzando en el interior por un largo pasillo completamente forrado con hules y mangueras. Definitivamente en algún momento aquel complejo había sido utilizado por militares en un intento de aislamiento. Todo ese plástico y tubos

de respiración me recordó a los inicios de la pandemia, cuando la gente cubría sus ventanas y sus puertas y que claro, no servía para nada.

Llegamos hasta un amplio salón que nuevamente conectaba a otros tantos pasillos. En el salón habían varios escritorios y muebles tirados, pintas en las paredes y algunos que otros disparos. Mucha gente enloqueció en el proceso y no hubiera sido sorpresa que lo propio pasara con los militares.

—Creo que ha sido suficiente. —Tenía una sensación de peso sobre mis hombros. De los lugares a los que habíamos ido ese era uno de los peores. Aunque no quería, al mirar los muros y al caminar por los pasillos mi mente me hacía imaginar las cosas que pudieron suceder en aquel lugar,

Me distraje mirando unos cuantos papeles médicos cuando Antares se separó de mí y fue a otro pasillo en donde abrió otra puerta metálica,

—¡Adhara! —Gritó y yo fui de prisa. Él estaba mirando lo que parecía una sala quirúrgica. Mientras avanzamos nos dimos cuenta qué había montones de aparatos similares y que desconocíamos por completo. Era un especie de hospital y de laboratorio al mismo tiempo. Entramos a otra habitación en donde había más camillas en filas y más aparatos.

Revisé los papeles que tenía en a mano con cierto temor a encontrar lo que sospechaba. Hablaban acerca de las reacciones que estaban teniendo los inmunes acerca de las posibles curas. Obviamente ninguna funcionó. Antares se encuentra serio. Es muy intuitivo, al final del pasillo había una última puerta. Él fue directa a ella caminando como si no tuviera conciencia.

Le puse mi mano sobre mi hombro y con mi mirada le rogué que no entrara. Abrió la puerta. Estaba repleta de jaulas. Jaulas para personas. Nos quedamos sin decir una sola palabra porque solo quedaba imaginar lo qué pasó ahí.

—Vámonos —Dice por fin Antares. Mientras regresábamos al refugio yo no podía dejar de pensar en que me había vuelto prácticamente insensible. En estos cuatro años había visto tanta locura y perdido a tan gente que quizás en una manera de autodefensa aquella sensibilidad simplemente se fue apagando. Antares también parecía destrozado y estoy segura que no es por pensar en la pobre gente que sufrió ahí, sino porque la esperanza que tenía de encontrar la fortaleza parecía desvanecerse. ¿Qué quedaba decir? Nunca fui buena para pedir disculpas, ni para consolar, ni mucho menos para dar esperanza.

—¿No vas a decirlo? —Dijo cuando íbamos cerca del puente, después de una hora en silencio.

—¿Decir qué?

—Que no debimos entrar, vamos dilo. Que no debimos haber venido. Puedes decirlo ya.

—Ni siquiera lo pensé.

—Ah no.. Vamos desquítate. Sé que crees que soy un imbécil por habernos traído aquí. Por haber creído en la historia de la Fortaleza. Todo lo malo nos ha pasado por venir aquí, por hacerme caso y fue por esa la razón por la cual Alicia..

En ese momento se detuvo. Comienza a balbucear. Supongo que sentía mi mirada implacable.

—¿Que Alicia qué?

—Nada.

—Dilo

—Ya fue suficiente. —El color rojizo de su rostro comienza a desvanecerse.

—Vamos, dilo. —Ahora era yo quien insistía.

—No quise...

—Dilo, dilo, dilo, dilo, dilo ¡Dilo maldita sea!

Silencio. Estoy segura que no lo dijo con esa intención porque él también amaba a Alicia, pero en ese momento no pensaba en razones, no pensaba en nada, quería gritar y eso hice.

—¿No lo dices? Entonces lo diré yo. Por eso Alicia está muerta. Porque vinimos a este lugar y por eso ella cayó en ese Barranco por rescatar a ese maldito perro. Si, si es verdad, ¿fue tan difícil? Ya está hecho y no se puede componer. Vinimos a este maldito lugar para encontrar un lugar que no existe, por escuchar los cuentos de viajeros desquiciados que soñaban con tener un lugar a donde llegar, porque eran demasiado cobardes para enfrentar su realidad. Y míranos, aquí en busca de ese castillo fantasma.. !Eso querías escuchar!?

—Lo siento.. —Dijo. También necesitaba desahogarme. Respirábamos agitadamente.

Yo respiro agitadamente y espero unos instante que se hacen eternos mientras siento el aire en mi cara.

—No es tu culpa. —Dije al fin.

—Quería creer que sí existía... Creer que había una segunda oportunidad y no estar simplemente perdidos, esperando el momento de morir de alguna manera. No quería aferrarme a la idea de simplemente “esperar”

—Lo sé —Es lo único que dije. Se acercó y me abrazo. A partir de ese momento dijimos que dejaríamos de buscar la fortaleza, pero Antares tenía que persistir..

## LUCES

Si no fuera por la lámpara de aceite de Rigel definitivamente no podríamos ver siquiera un paso adelante de nosotros. Mi encendedor apenas si duró. Apretamos el paso porque en cuanto se terminara entonces tendríamos que guiarnos por el tacto y la intuición. Eso no sería tan malo si es que las paredes no estuvieran repletas de todo tipo de alimañas y roedores, que claro, en todo caso es mejor que los lobos.

—¿Y cómo es el Fortaleza? —Pienso que platicar un poco pueda aminorar un poco la pesadez de ese túnel.

—Supongo que es un lugar agradable.

—¿Supones?

—Pues yo nunca he estado ahí.

—Perdón, no entiendo... Entonces ¿En dónde te encontraste a Antares?

—Bueno, él me encontró no muy lejos de aquí.. La verdad es que yo no venía buscando la dichosa fortaleza, yo venía por... bueno eso no importa. La cuestión es que él me encontró y me pidió que viniera por ti.

—Esto lo cambia todo... Yo creía que él estaba ahí. ¿Pero ya lo conocías?

—Ya.. hacia algunas semanas él había visitado mi campamento. —Seguramente fue en alguno de esos viajes en los que tardaba días en regresar — Me llevaba algo de comida porque a mí no me gustaba bajar a la ciudad, bueno, casi no lo hacía. Se portó muy bien conmigo . Por eso accedí a venir por ti.

—Pero entonces.. ¿por qué no vino por él..?

Eso lo dije para mí, pero la confusión es tanta que comienzo a hablar en voz alta. Rigel hace caso omiso a mi pregunta. Tendrá muchas cosas que aclarar.

—¿Y a que venías entonces?

Nuevamente no responde, por un instante únicamente se escuchan nuestras pisadas en los charcos de agua sucia.

—Solo pasaba... No quiero hablar de esto. Deberíamos detenernos durante un instante, ya tendremos tiempo para platicar de esto.

Yo acepto. No había considerado que la ciudad es tan extensa que faltan muchas horas para recorrerla. Me doy cuenta que después de todo lo que caminamos Antares y yo, apenas si pasamos por una pequeña parte. Así como nosotros que nos manteníamos escondidos y como Tom seguramente también siguen existiendo muchas otras personas en otras partes del mundo, que no se compara para nada a los millones de habitantes que hubo alguna vez. Es como si el mundo volviera a tomar el control y todos nosotros volviésemos a cuando inicio la humanidad, y junto con ello a los instintos más primitivos de supervivencia. Tomando en cuenta esa alegoría la Fortaleza parece lo más coherente ahora. Si esto es un nuevo inicio vendría a ser equivalente a dejar de ser nómadas para crear la primera tribu, la primera civilización después de la destrucción. Una segunda oportunidad como Antares esperaba.

Yo comienzo a sacar de mi mochila una lata de sardinas y comienzo a comer. Noto que Rigel no hace ruidos con la boca.

—¿No vas a comer? Tenemos suficiente comida..

—No tengo hambre —En esa ocasión lo noto más molesto.

—¿Viste eso? —Me pregunta Rigel poniéndose de pie.

—Creí que sólo era mi imaginación —Más adelante en el túnel alcance a visualizar un pequeño destello de luz, muy tenue.

—Vamos, de prisa. Prepárate. —En dos movimientos guardo mis cosas en mi mochila, me la pongo al hombro y comienzo a avanzar con mi rifle al frente. Rigel va al frente porque ya se ha adelantado con su Tomahok. Todavía no sé si la sabe utilizar, en eso se parece a Antares, siempre queriendo ir a la vanguardia. Después de avanzar un poco me toca el hombro indicándome que me detenga. Lo hago. Nos quedamos en silencio y comenzamos a escuchar unas delgadas voces. Parece que viene de uno de los tantos pasillos contiguos del túnel principal. Nos acercamos para escuchar atentamente hasta que damos de donde viene el sonido, nuevamente un pequeño destello viene del fondo. Pongo mi dedo en el gatillo.

Rigel sube silenciosamente el escalón que conduce al pasillo y avanza mucho más rápido, con la espalda encorvada. Parece que sabe lo que hace. La adrenalina antes de un combate no me permite pensar en nada más. Hay menos de un segundo para reaccionar, eso es todo.

—¡Alto! —Se escucha una voz atrás de nosotros.

Nos quedamos quietos. La luz al fondo del pasillo se vuelve a encender ahora completamente. Hasta el fondo con sus espaldas sobre una reja se encuentra una mujer sosteniendo a dos pequeños niños. Volteamos y nos encontramos con un hombre cubierto casi completamente el rostro. Nos apunta con una escopeta. Yo suelto mi rifle y Rigel hace lo mismo con su hacha. La mujer mantiene sus manos sobre sus hijos que nos miran furiosos.

—Volteen hacia atrás sin hacer nada extraño —Su voz se escucha ronca. Es un hombre muy delgado y alto.

Hacemos lo que él dice, el hombre va caminando dando cada paso con cuidado sin quitarnos la mirada de encima.

—¿Qué hacemos con ellos? —Su voz se escucha un poco temblorosa. Rigel se encuentra volteando ligeramente. —¡Dije que no te movieras! —Exclama el hombre.

—Sólo déjalos ir —Dice la mujer. —Diles que caminen por donde regresaron.

—No vamos a hacerles daño —Dice Rigel. No deja de voltear a uno y a otro lado, se encuentra poniendo nervioso al hombre. No parece que tenga ganas de matarnos pero con un poco de provocación y en nuestras circunstancias cualquier es capaz de todo.

—Es fácil decirlo cuando no tienes el arma entre tus manos, ustedes vinieron a nosotros directo a matar.

Noto que Rigel se queda viendo fijamente a los niños. Noto un destello de tristeza en su mirada.

—Es verdad —Digo yo —no queríamos hacerles daño, solo que no sabíamos de quien se trataba. No se puede confiar en nadie y ustedes lo saben.

—¡Exacto! ¿Cómo sé que si los dejo ir no van a regresar por nosotros? Me tendré que quedar con sus armas.

—Eso es igual a matarnos —Dice Rigel en un tono muy molesto. Da media vuelta y encara al hombre. No lo puedo creer, va a morir por insensato. Casi puedo ver el momento en el que el hombre apriete el gatillo, pasa un instante pero no sucede.

—¡Detente! Detente o te juro que voy a disparar —Rigel sigue caminando y se detiene a un par de pasos de él.

—No, no lo vas a hacer. Porque no eres un asesino y no vas a matar enfrente de tus hijos, y no lo vas hacer tampoco porque nosotros tampoco somos asesinos y tú sabes que nos le haremos daño.

—¿Qué haces Rigel? —Yo grito.

El hombre no deja de apuntarlo muy nervioso, me mira y después echa un vistazo a su familia. Así transcurren unos instantes que parecen eternos.

—No, no soy un asesino. —Dice al fin el hombre, y baja lentamente la escopeta. Rigel respira y enseguida extiende su mano. Un gesto que había desaparecido casi por completo en la humanidad porque era una manera muy usual de transmisión del virus. El hombre duda por un momento pero enseguida acepta y le estrecha la mano. Parece que detrás de esos trapos que trae cubriendo su rostro hay una sonrisa.

—Yo soy Ismael, ella es mi esposa Lucía, y mis dos hijos; Isaac y Marcos.

Nosotros hacemos lo propio al presentarnos.

—Traemos un poco de comida —Digo como por automático, como para romper el hielo. Tengo que admitir que Rigel me ha sorprendido. Si es que no llega a ser un buen guerrero al menos tiene la habilidad para convencer. Después de la catástrofe se siguen aprendiendo cosas nuevas.

Compartimos comida con las personas en silencio mientras nos ganamos la confianza mutuamente. Los niños son los primeros en desenvolverse y uno de ellos se acerca a mí ante los reproches de su madre. No recuerdo la última vez que vi a un niño. Le acaricio su cabello y sonrío o al menos lo intento. Aunque estoy segura que es la sonrisa más forzada el pequeño me la devuelve más grande todavía y entonces sí me hace sonreír de verdad. Mientras lo veo corriendo y jugando no puedo evitar sentirme sorprendida por observar a esos niños vivos y en lo difícil que habrá sido para todos. Podría apostar que son la última familia en el mundo. Después de cruzar algunas palabras, Rigel se ha vuelto un tanto esquivo con la familia, en especial con los niños. El pequeño Marcos le ofrece un poco de agua pero Rigel ni siquiera se esforzó en sonreír. Se limitó a hacer una mueca con la boca.

—¿Hacia dónde se dirigen? —Pregunto.

—Bueno, hemos escuchado hablar de la Fortaleza. Hemos venido de muy lejos.

No puedo evitar reír.

—¿Qué es tan gracioso? —Pregunta Lucía.

—No nada, solo que ya lo sospechaba. Nosotros también vamos para allá.

—Bueno, quizás podríamos hacernos compañía —Dice Ismael, dejando un bocado a medias. La poca luz de nuestras lámparas dejan en evidencia que los ojos se le han iluminado. Estoy segura que no ha sido nada fácil llevar consigo a su familia durante todo ese tiempo. La mayoría de los inmunes que quedaron vivos solo cargaban con su propia alma y ya era bastante pero eso, pero llevar consigo la responsabilidad de una vida que amas es demasiada responsabilidad.

—Claro, ahora somos un grupo numeroso y eso siempre ayuda ¿verdad Rigel?

—Si, estoy de acuerdo. —Como siempre, respuestas secas. No le hago caso y sigo platicando con la familia.

—Gracias. Nosotros estuvimos mucho tiempo en lugares alejados, en lugares llanos principalmente en donde pudiéramos observar a kilómetros si se acercaba alguien, pero tan solo llegar aquí hemos escuchado ruidos por toda la ciudad. Algunos estoy seguro que han sido animales que hay por ahí perdidos y otros.. bueno, no estoy tan seguro.

—Al parecer no soy la única en escuchar ruidos por todas partes y mi único alivio es saber que no estoy loca.

—Lo sé, todo eso me puso muy estresado. Voltear a uno y a otro y ver tantos edificios y tantos lugares en los cuales alguien malvado pudiera esconderse. —Dijo Ismael.

—Es bueno ver que todavía hay gente buena y que se cuidan mutuamente —Dice Lucía con una cálida sonrisa. —No recuerdo la última vez que vimos una pareja.

—¡No, no! No somos parejas. A mí me esperan allá en la Fortaleza, mi.. —En ese momento caí en cuenta que no tenía una palabra para describir a Antares. Comencé a tartamudear cuando Rigel aclaró la garganta y comenzó a avanzar.

—Ya tenemos que irnos, con suerte nos tomará la noche cuando estemos en la cima. — Todos nos quedamos en silencio durante un instante, guardamos nuestras cosas y comenzamos a seguirlo.

## EL CAZADOR

Rigel avanza con pasos largos mirando a todos lados y nosotros le intentamos llevar el ritmo. Por un instante el pequeño Isaac tomó mi mano y yo también la sujete. Rigel se volteó furioso y nos dijo que no estábamos para juegos, que estuviéramos vigiando a todas partes. No dijimos nada e hicimos lo propio, observamos al rededor únicamente para encontrarnos con el viento que soplabla haciendo mucho ruido por todas las cosas que arrastraba. Me supongo que debe estar muy tenso por todo este movimiento, como él ha estado viviendo en las montañas no está acostumbrado, pero estas ventiscas son normales.

Cada vez veo peor a Rigel. Parece que tiene mucha ira y de vez en cuando los ojos los tiene enrojecidos. Ya no sólo es callado sino muy agresivo. Si lo hubiera conocido en este estado jamás lo habría liberado. O tal vez siempre ha sido así. Por una parte lo entiendo, yo todo el tiempo recuerdo momentos del pasado, aunque intento evitarlo, y eso me hace sentir furiosa o triste. Nuevamente en otra cosa que nos parecemos.

Después de caminar por un largo rato los edificios se pierden detrás de nosotros. La ciudad se ve envuelta en medio de la tormenta de aire que le azota. Nunca había llegado tan lejos, me siento emocionada por volver a ver a Antares y al mismo tiempo nostálgica. No lo puedo evitar. Desde este punto apenas puedo observar al Bastión Oscuro que se sitúa al otro de lado de la ciudad y que se observa pequeñísimo por la poca luz que resta. Enfrente de nosotros sigue una pequeña ladera, un pequeño llano y luego una enorme fábrica de acero quizás, en seguida comienza la montaña y más allá el lago en donde se supone debe estar la Fortaleza. Estamos a punto de llegar al punto en donde Antares le dijo a Rigel que le esperara para observar el faro.

Los niños están exhaustos y Rigel no deja de mirar como un desquiciado hacia atrás y hacia el frente. De verdad me comienza incomodar. Espero que la Fortaleza sea lo suficientemente grande como para no tener que cruzarnos demasiado. mientras subimos la primer ladera el pequeño Isaac resbala y su madre apenas puede detenerle. Tanto ella como su padre llevan doble maleta. Me siento todavía más asombrada por el esfuerzo que hacen. Realizar largas caminatas en este vasto mundo con doble peso no es tarea fácil y menos si te persiguen como estoy segura fue el caso de los todos los sobrevivientes. En algún momento todos nos encontramos a personas de verdad malvadas, y no quedaba más que correr y esconderse. Eso me hace recordar el primer año de la pandemia que sin duda fue el peor.

—Te puedo ayudar —Le digo a Lucía tomando una de sus maletas. Ella sonrío y acepta. Cuando me estoy acomodando la maleta observo que tienen un nombre grabado. “Lucía Konev” Me detengo un instante para observar el apellido y supongo que mi cara delata mi asombro porque Lucía me observa.

—Se parece el nombre de... —Busco palabras para describir al creador del virus.

Ella asiente con la cabeza mirándome fijamente a los ojos.

—Sí es. Yo soy su hija —Dice. Vuelve a sonreír y continúa avanzando. No sé qué pensar.

En ese momento se escucha un disparo y después una detonación que viene de la ciudad de donde acabamos de salir. Todos nos quedamos estáticos por un segundo y en seguida nos tiramos al suelo. Rigel tiene la cara enardecida buscando al causante. Yo me arrastro hasta un árbol y ya con mi rifle entre mis manos comienzo a buscar con el ojos sobre la mirilla, sólo que no tengo el suficiente aumento y tampoco el alcance No observo más que ventanas y calles vacías y más allá

no tengo ninguna visibilidad. Quien haya disparo tiene un rifle de francotirador y estoy seguro que de alguna manera todo este viento nos está ayudando.

—¿Lo alcanzas a ver? —Le preguntó a Rigel.

Él niega con la cabeza. Está furioso. Se para de golpe y nos mira a todos.

—¡A la fabrica, de prisa! —Grita. Nos levantamos por automático y seguimos sus indicaciones. Comenzamos a correr. Se escucha otro disparo que quien sabe en donde ha dado y nosotros seguimos corriendo. Los niños van por delante, sus padres los protegen. Llegamos hasta unos pilares que dan inicios a la enorme fábrica cimentada con varios pisos sobre la montaña. Tomamos aire y nos adentramos. Afuera ya se encuentra oscuro y ya sopla un viento mucho más agresivo. Después de una enorme bodega repleta de tubos y acero subimos por unas escaleras hasta refugiamos en unas pequeñas habitaciones que en su momento hicieron de oficinas con enormes ventanales que permiten la vista hacia la ciudad, de la cual ya no se puede observar prácticamente nada.

—Aquí esperaremos —Dice Rigel.

—¿Esperar qué? —Pregunta Ismael.

—A que el cazador nos pierda la pista. No sabemos desde dónde nos disparó y si seguimos avanzando solo nos arriesgamos a un disparo por la espalda. Aquí al menos tenemos cuatro paredes y una sola entrada —Esto último lo dice señalando la escalera.

Todos estamos de acuerdo. Nos organizamos y tomamos turnos para descansar, principalmente por los niños que aunque no parecen asustados necesitan descansar. Rigel ha pedido el primer turno para vigilar la escalera. Le ofrecí mi rifle pero él lo rechazó. Se mantiene sujetando su hacha, parece un desquiciado. Yo me asomo por la ventana aunque es inútil. Definitivamente ya no se puede ver nada.

Me siento un segundo recargada en una pared. Escucho como Lucía le narra algún cuento a sus hijos. Después de todo, siempre necesitaremos historias para salir de nuestro mundo, por más oscuros que parezcan. Observo que el pequeño Marcos tiene una quemadura en parte de su brazo. No sé todo lo que han tenido que sufrir para llegar hasta aquí. Espero que la Fortaleza de verdad sea un lugar seguro. Espero volver a encontrar a Antares.

Cierro los ojos, el cansancio me alcanza.

## ESPERA

Al despertar observo la luz de una vela que danza por el viento que se cuele por los orificios de la fábrica.

Los pequeños niños duermen acostados en las piernas de su madre, y su padre se asoma una y otra vez con escopeta en mano por los ventanales de la oficina. Ya un poco más despierta miro alrededor pero no veo por ningún lado a Rigel.

—¿En dónde está Rigel? —Pregunto en voz baja.

Lucía me hace una seña con el dedo hacia abajo. Tanteo el suelo con la mano pero tampoco encuentro mi rifle, me sobresalto un poco. Quizás él lo ha tomado. Bajo algunos escalones y me asomo. Se encuentra recargado sobre uno de los pilares, con mi rifle en mano y su hacha colgando de su pantalón. Pienso que no mira pero no es así.

—Vuelve a subir —Me dice sin quitar la vista de encima.

—Ya nos ha perdido la pista. Podríamos partir en la oscuridad —Sugiero.

—Es lo que quiere, que nos confiemos, pero en cuanto comencemos a avanzar algunos de nosotros terminará muerto. Y eso no pasará

—¿Cómo lo sabes Rigel?

—Conozco a los de su tipo.

Comienzo a bajar otro escalón pero la voz de Rigel visiblemente alterada me detiene en seco.

—¡Te dije que subieras!

He visto tanto enojo en su mirada que un escalofrío recorre por mi cuerpo. No le digo nada y subo las escaleras. Lucía ahora se encuentra mirando a la venta. Yo paso de largo y me dirijo al rincón en donde me encontraba. Me dispongo a descansar un poco más porque no sé qué es lo que pase esa misma noche o mañana y necesito guardar energía, y más teniendo a Rigel en esas condiciones.

—¿Vas en busca de alguien? —Me pregunta Lucía acercándose a mí.

Yo indico que sí con un movimiento de mi cabeza.

—Me están esperando en la Fortaleza, o eso creo. No sé realmente lo que está pasando.

—Creo que estamos cerca. Me imagino que en todo el tiempo que han estado aquí siquiera la habrán visto.

—No. La estuvimos buscando pero no dimos con ella. Tampoco buscamos demasiado porque.. Sucieron algunas cosas y decidimos establecernos.

—Entonces espero que todo salga bien con esa persona.

—Yo también lo espero. Hay muchas cosas que no entiendo de él todavía. Cuando creo que lo conozco sucede algo inesperado y bueno.. Nada tiene sentido. No es nada personal, pero él debería estar aquí. No lo necesito, quiero decir, me sé cuidar sola. Pero después de todo lo que vivimos, creí que así es como debería suceder. —No sé por qué comienzo a platicarle todo esto a ella. En parte porque ella me inspira confianza, tiene una mirada bondadosa y por otra parte he pasado tanto tiempo sin hablar con alguien que hay tanto que decir.. Y Rigel no fue el mejor conversador que digamos.

—Te entiendo. Lo mismo pasó conmigo. Vi tu mirada cuando viste mi apellido.. Konev... Un apellido maldito. Por mucho tiempo lo oculté y fue lo mejor. Tú lo sabes, mostrarlo hace dos

años sería la muerte y quizás todavía lo es. Pero yo no puedo cargar con los actos de mi padre. No era un mal hombre y aún así sucedió todo esto.

—Me imagino que fue algo difícil —Creo que ella también necesita desahogar un poco de tensión. Lo ojos los tiene cristalinos, parece que le pesa demasiado

—Lo fue. Primero entender por qué. Estoy segura que no lo estaba planeando. Creía en la humanidad. Sólo fue la herramienta de gente siniestra, aunque también fue su decisión convertirse en sus manos. Y no pudo con eso. Cuando la pandemia parecía no tener fin no lo pudo soportar y se quitó la vida. Fue como si me pasara toda su culpa con ese acto. No pudo ver todo lo que sucedió después pero yo sí. Esto no debió suceder. No podía ver a mis pequeños sin soltarme a llorar, sentía que fui yo quien les entregó este mundo devastado. Pero no fue así. Entendí que no podía cargar la culpa de mi padre y que si me detenía.. si yo lo seguía, se acabaría toda oportunidad para que yo pudiera poner de mi parte para hacerlo mejor en las circunstancias que fueran. —Yo escucho mientras miro al suelo, pensativa —Estoy seguro que ese muchacho del que me hablas debió ser sus razones para bien o mal, no obstante tú eres dueña de tus propias acciones, tu propio rumbo, independientemente de las circunstancias, aunque estas sean las más terribles siempre tendremos elección. Es maravilloso y terrible al mismo tiempo.

Le miré con agradecimiento porque no tenía más palabras que decirle. Ella regresó a su lugar y yo me quedé pensando en la oscuridad mucho más tranquila. Aunque como siempre había una espinilla que no me dejaba en paz.

## AMANECER

—Se ha ido —Dice Ismael. —No era un cazador, sólo era un merodeador que pensó que éramos una amenaza.

—Sigamos atentos. —Respondió Rigel y a mí también me pareció lo más prudente. — Todavía falta un buen tramo para ascender hasta la montaña y entonces ahí según lo dicho por Antares estará la Fortaleza.

Comenzamos a avanzar teniendo mucho cuidado, andando de árbol en árbol por cualquier cosa. Los niños siempre iban adelante de sus padres por cualquier cosa que pudiera pasar. Ellos estaban dispuestos a dar su vida por sus hijos sin tan siquiera dudarlos. Cada paso que damos el aire es más frío y la ciudad queda reducida ante nosotros. Desde la fábrica hasta ahora que llevamos dos horas avanzadas Rigel no ha dicho una sola palabra. Tomamos un pequeño descanso en una curva que nos permite ver el panorama por si nuestro perseguidor vuelve a aparecer. Rigel se sienta a un lado mío. La familia se encuentran a un par de metros de distancia. Parece una combinación entre acongojado y enojado, como de costumbre, sólo que ahora más preocupado. Le ofrezco agua y él me rechaza.

—¿Sucede algo? —Pregunto.

El asiente con la cabeza. Se encuentra jugando con sus manos. Está muy nervioso. Alcanzo a ver que sus ojos comienzan a lagrimear. No puede hablar porque tiene un nudo en la garganta. Hace mucho tiempo que he dejado de ser empática con el dolor de las otras personas, no sé qué decir. No sé qué hacer.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Vuelvo a preguntar.

Él toma aire. Mira al cielo, echa un vistazo a la familia que se encuentra ocupados en sus asuntos.

—Tengo que irme —Dice con voz cortada. —Pero necesito decirte algo.

—¿A dónde tienes que ir? ¿Qué sucede? —Pregunto extrañada.

Vuelve a tomar aire. Cierra los ojos y lo suelta.

—No vas a encontrar a Antares, lo siento mucho.

Mi cabeza no puede procesar lo que acaba de decir. Escuché pero no lo entiendo. ¿A qué se refiere? ¿Es lo que estoy pensando? ¿En dónde está Antares? Me está molestando. No estoy escuchando esto. Siento el aire entre mis manos, sí, me encuentro en la realidad.

—¿Qué...?

—Antares me encontró en la ciudad cuando yo venía de regreso de mi campamento. Él venía completamente cubierto. No lo reconocí de inmediato y casi le mato por pensar que era alguien más. Me rogó que fuera a buscarte, que desviara mi camino para ir por ti y enseñarte lo que él encontró. Me dijo que había hallado la fortaleza pero que él ya no podía regresar. Estaba muy débil...

No entiendo que me quiere decir. Necesito escuchar que él vino por mí, necesito escuchar que no es verdad, necesito que termine de contarme y que me diga que realmente no sabe en donde se encuentra. Necesito que no termine lo que va a terminar de decir.

—Me pidió que no te contara nada de esto hasta que llegáramos a la fortaleza y que no te dijera en donde.. yo.. lo enterré.

No es verdad, no es verdad, no es verdad lo que me está diciendo. Está mintiendo. Escucho

un zumbido. Siento que me falta el aire. No es verdad. No se pudo ir. No me pudo dejar sola. Me pongo de pie y comienzo a correr. No me importa nada. Escucho una voces detrás de mí, no me voy a detener. No es verdad.

—¡Déjame en paz, miserable! —Le grito a Rigel que me ha intentado alcanzar. Sigo corriendo hasta llegar a un peñasco. Tomo un poco de aire, siento ganas de vomitar. Comienzo a llorar. Siento que mi alma se parte en dos, que todo pierde el sentido. Pienso en su sonrisa y en su compañía. Me prometió que iba a regresar. No lo puedo creer. No tiene sentido dar un paso más. Se fueron mis padres, se fue Alicia y ahora Antares ya no está. Aprieto los puños y doy un fuerte golpe a un árbol. Me agacho y sujeto mi cabeza con los ojos cerrados.

—No es verdad, no es verdad.

Escucho unos pasos. No me importa quién será. Es Rigel. Se queda parado viéndome.

—Yo lo amaba..

—Lo sé —Dice Rigel. Él también llora. —Lo lamento de verdad.

—Debiste decirme. Necesito ir a su tumba.

Rigel niega con la cabeza.

—¿Quién eres tú para negármelo? —Me pongo de pie abruptamente. Me siento tan molesta con él.

—Nadie, absolutamente nadie. Solo le hice una promesa que pienso cumplir, porque yo hubiera querido lo mismo. Lo conocí muy poco y sé que fue un buen hombre, y esto último que ha hecho lo demuestra. Y si yo no cumpliera con mi palabra todo habría sido en vano. Lo siento pero no puedo. Te ha dejado esto —Saca un carta envuelta del bolsillo de la chamarra. Yo se la arrebato de la mano sin decir nada. —No quería decírtelo ahora, realmente no sabía cómo hacerlo. Pero apenas llegando a la cima yo regresaré. Necesito liberar mi carga.

Da media vuelta y se retira. Siento el aire en mi rostro. Siento un profundo hueco en mi interior. Todavía no lo asimilo. Mi corazón me dice que lo voy a encontrar al llegar a la cima, que ahí lo veré. Nos abrazaremos y le diré que sentí mucho terror al pensar que podía ser verdad. Tomo la carta entre mis manos. Cuando la abra encontraré las palabras que confirmen que todo esto no sucederá.. No la quiero leer, no estoy lista. De reojo observo como algo se mueve colina abajo. Entre cierro los ojos para ver mejor. Muy a la distancia observo a un hombre con un rifle ascendiendo en nuestra dirección. Miro a mi alrededor buscando mi rifle. Lo dejé cuando corrí hacia aquí. “Los niños” Pienso.

Me pongo de pie y corro a toda velocidad de regreso.

## IRA

—¡Viene hacia acá! —Grito en cuanto tengo a Rigel a un par de metros. Él voltea alarmado y mira hacia todos lados. —Allá abajo... ¿En dónde están los niños?

— justo en donde los dejamos. —Exclama Rigel. Miro hacia arriba y observo cómo colina arriba el pequeño Isaac nos saluda con su mano. Se encuentra a unos trescientos metros de distancia.

—¡Ismael, Lucía! ¡Cuidado! ¡Viene el cazador! —Grito lo más fuerte que puedo pero apenas logran escucharme. Rigel se encuentra buscándolo con la mirada.

—Vamos con ellos ¡De prisa! —Dice. Comenzamos a subir la colina lo más rápido que podemos. Para ir más de prisa suelto mi mochila y me adelanto a Rigel. Ahora me imagino lo peor, sacudo la cabeza, aprieto los dientes y avanzo con mayor velocidad.

—¡Agáchense! —Vuelvo a gritar en cuanto me hayo un poco más cerca. Lucía me escucha y después de recapacitar durante un segundo y ver mi expresión de susto se abalanza sobre uno de sus hijos e Ismael hace lo mismo, para enseguida ocultarse detrás de unas rocas. Yo les sigo y me cubro junto con ellos. De pronto Rigel aparece con su hacha en mano cuando se escucha una detonación. El grita y cae al suelo.

Se escuchan los gritos de los niños y nosotros aguantamos la respiración, estamos a punto de acercarnos, pero antes que podamos ayudarlo, él se pone de pie de un brinco y corre donde estamos nosotros. Se aprieta el brazo y la sangre comienza a manar de un hueco justo debajo del hombro izquierdo. Nos encontramos acorralados.

—¿Mi rifle? ¿En dónde está mi rifle? —Pregunto.

—Aquí está —Me dice Lucía, me lo entrega y regresa a abrazar a sus dos hijos.

—Voy a salir a enfrentarlo o darle tiempo para que corran.

—¡No! —Exclamo —Va a matarte.

Parece poseído. Parece que la herida no le hizo mayor mella.

—¡Tienen que correr! Seguro se está acercando.

Preparo mi rifle. No soy tan con la puntería como Antares, si él estuviera aquí... Pero ya no está.

—Esperemos aquí, en cuanto llegue atacamos todos —Dice Ismael quien se mantiene enfrente de su familia. Su rostro denota todo el susto que un padre puede tener por proteger a su familia. Me recuerda a mi padre antes de su partida.

Rigel echa un vistazo a la familia que se encuentra aterrada y niega con la cabeza. Él suelta su mochila y se dispone a salir de entre las rocas cuando yo le sostengo del abrigo para detenerlo.

—Escucha, tengo que hacer esto... Siento que me carcome. Déjame hacer esto...¿Qué sentido tiene llegar hasta aquí si no podemos defender a otras personas? —Siento que escucho a Antares en sus palabras. En esta ocasión no tiene los ojos inyectados de sangre, parece más sereno y decidido. Le suelto y él avanza.

—Suban —Le digo a la familia.

Observo como de entre el bosque aparece un hombre muy alto cubierto por un abrigo que le llega hasta los pies, tiene el cabello rubio y una coleta amarrando todo su cabello. Rigel avanza directamente hacia él con un brazo lastimado y el hacha en la otra mano. El cazador apunta pero se distrae por otro disparo que proviene de mi rifle. El cazador me lanza una mirada y titubea si

apuntarme a mí o a Rigel que se ha ocultado detrás de un árbol. Como lo ha perdido de vista me apunta, yo me agacho un segundo antes de escuchar la detonación a unos metros o quizás unos centímetros arriba de mi cabeza.

Oculto pienso rápido en que puedo hacer. Definitivamente él es más rápido que yo y si Rigel se encuentra a unos metros podrá dispararle sin ningún problema. Se me ocurre una idea, reviso mi mochila y saco la pistola con la única bengala que tengo y que iba a utilizar cuando... Es momento de utilizarla. Reviso que está bien cargada, respiro y sobresalgo. Como lo esperaba me está apuntado, apenas apunto y disparo. El destello que sale de la bengala me hace cerrar los ojos, escucho otra detonación y la escucho un tanto lejos de mí. Parece que ha funcionado.

Cuando me vuelvo a asomar observo como Rigel como poseído por algún espíritu acercándose a él a toda velocidad, el cazador le apunta pero es demasiado tarde. Rigel lanza su hacha y le atina al hombre aunque desde mi perspectiva no alcanzo a visualizar en donde le ha dado.

Una ligera brisa de nieve comienza a bloquear todavía más mi vista de ellos aunque todavía alcanzó a ver cómo Rigel se abalanza sobre el hombre quien también lucha. Escuchó los golpes secos y los rugidos de los dos.

La tormenta aumenta y solo veo sus siluetas forcejeando. Me acerco con mi rifle apuntando y comienzo a correr porque se encuentran muy lejos y temo que sea demasiado tarde.

—Hoy van a suceder cosas terribles, hoy van a suceder cosas terribles —Repito como un rezo.

Cuando llego a unos dos metros de ellos observo que de los dos cuerpos la cabeza rubia se encuentra arriba y alza la mano con el hacha cubierta de sangre como para asestar otro golpe. Yo levanto mi rifle rápidamente pero antes de apretar el gatillo escucho un gemido de dolor y el hombre cae a un costado de Rigel quien se encuentra jadeando. Los dos nos miramos por un instante. Él sostiene en su mano su cuchillo de mano y al igual que yo apenas puede creerlo.

Reviso al cazador y me cercioro que se encuentra muerto. Tiene los ojos cerrados y ya no respira. Otro hombre consumido por la locura y la ira. Como él habían centenares por todas partes que solo encontraron su propósito en la sangre y la destrucción, como un vago instinto de la humanidad de hacerse con el otro. Le tiendo una mano a Rigel quien mira fijamente al cadáver. Acepta mi ofrecimiento y se pone de pie. Tiene varias heridas en el cuerpo.

—Vayamos arriba —Dice. Lo veo más tranquilo.

Comenzamos a caminar cuesta arriba y aunque me siento más tranquila porque el cazador ha muerto con cada paso que damos me siento más abatida. Algo me dice en el corazón que no hay nada para mí en esa cima.

—Entiendo tu pérdida, de verdad.. —Comienza a hablar Rigel después de un rato —Yo también tenía a mi familia y la perdí. Éramos como ellos —Dice señalando hacia la cima de la montaña —Yo los cuidaba y ellos me cuidaban a mí. Éramos felices a pesar de todo. Después de todo lo sucedido y de todo el caos yo encontraba paz y luz en ellos. Después de que ellos se fueron yo sentía que caminaba en un abismo. Sentía que mi mente se perdía. No lo sé, pienso que yo podría haber terminado como este sujeto. Lleno de ira. Realmente no sabemos qué le habrá pasado a él. Simplemente perdió el horizonte pero ahora también descansa. Sólo espero que todo esto haya valido la pena.

—Algo me dice que así será. —Se ve muy cansado. Le tiendo la mano y le ayudo a subir el último tramo de bosque que nos queda. El cuerpo inerte del cazador queda muy atrás y sólo queda como una ligera silueta en el suelo. También dejamos atrás a la ciudad a la cual no hemos vuelto a

mirar.

## LA CIMA

—No hay nada —dice Rigel completamente perturbado. Desde la cima observamos lo que tanto me temía. Únicamente el lago que se extiende hasta donde la mirada llega , y más allá, las extensas montañas que dividen al país. No hay nada más. No se alcanza a ver ninguna edificación, no hay muros, empalizadas, alguna torre o alguna cerca. No está la Fortaleza. —Antares dijo que teníamos que esperar al anochecer.

—¿Pero para qué? —Pregunto mientras le ayudo a sentarse. Observo el rededor y tampoco miro a la familia a la vista. Me imaginaba que nos estarían esperando una vez estando aquí. Supongo que del miedo siguieron avanzando sin parar. También espero que estén bien en donde quiera que estén.

—Me siento un poco cansado —Dice Rigel. Yo tomo mi mochila y se la acomodo a modo de almohada. Él se recuesta y cierra los ojos por un instante. Aunque le he vendado sus heridas no sé si resista hasta al anochecer. Le doy un poco de agua y dejo que descanse. Yo me siento a un lado y miro fijamente hacia el paisaje buscando alguna respuesta. El aire pega en mi rostro. Es buen momento para abrir la carta. Me busco en el abrigo y desenvuelvo el pequeño cuadro arrugado. Algunas líneas. Es la letra de Antares que lo ha hecho lo mejor que ha podido. Comienzo a leer.

“No sé cómo empezar a explicar. Sólo no quiero que pienses que te he abandonado y espero con todo mi corazón que esta carta llegue en ti. Le he rogado a Rigel que por favor te la entregue y te guíe a la fortaleza. Lamentablemente no voy a poder ir contigo, hace algunos días antes de mi partida me percaté que tenía algunos síntomas iniciales. No sé como ha ocurrido, supongo que no era del todo inmune o que el mismo virus ha mutado. No tengo explicación, de cualquier manera sabía que no me quedaba mucho tiempo. Por eso salí a buscar la Fortaleza. Te conozco y sé que no me lo hubieras permitido y sé que me habrías cuidado hasta el último momento porque tú entre todas, eres la mejor persona. Pero yo no podía ser un egoísta contigo. Porque eso habría sido quedarme, pensar sólo en mí y en que lo que yo quería. Y lo que yo más quería era estar contigo hasta el último día. Pero he tenido que tomar todo el valor y toda la fuerza que me quedaba para salir sin voltear atrás y buscar una esperanza, yo sabía que existía y ¡Si existe! Pero ahora no tengo fuerzas para regresar, por eso le he confiado a Rigel esta tarea. Sé que es un buen hombre. Recientemente ha perdido a su familia en manos de algún cazador y sé que por eso cumplirá con su palabra. Porque sólo una persona que ha amado con todo su corazón y que ha sufrido con la misma intensidad está dispuesta a entregarlo todo con tal de honrar a las personas que han estado en su camino.

"Me gustaría estar contigo ahora mismo, y mirar tu carita y pasar mi mano por tu mejilla, decirte que construiremos un mejor mundo, otro huerto y otro refugio.. pero no puedo. Se me acaba la vida. Es tu turno de demostrar que a pesar de la circunstancias podemos entregar lo mejor de nosotros. Sé que no te rendirás. Eres la persona más valiente y con más coraje que he conocido. Por eso cada paso que dimos, cada día que pasamos juntos fueron los mejores de mi vida. Desde que te conozco fuiste mi inspiración y es por eso que ahora puedo descansar con la compañía de tu recuerdo. porque aunque parecíamos las últimas personas en el mundo, no me sentía que estuviera contigo como si no tuviera elección. Quiero que sepas que más bien eras la personas con la que

hubiera escogería pasar cualquier fin del mundo una y otra vez.

Tengo la confianza de que en algún momento nos volveremos a juntar y seremos las mismas estrellas que fuimos en este mundo. Antares.

Me limpio las lágrimas de los ojos. Envuelvo la carta y la regreso en a su sitio en mi abrigo. Siento como el aire pega en el rostro. Miro al horizonte y observo como el sol comienza a meterse. Es un hermoso paisaje y se me ocurre que todo podría terminar aquí y para mí estaría bien. Pero hay que continuar. Después de todo, de eso se trata, de dar un paso sobre otro.

## LUZ

Me despierto por el movimiento de una mano sobre mí. Abro los ojos alarmada y miro el rostro del pequeño Isaac. Me tranquilizo.

—¡Está viva! —Grita volteando hacia atrás. Entre cierro los ojos para ver mejor y observo cómo a un par de metros vienen acercándose Ismael y Lucía junto con Marcos.

—¿Rigel? —Recuerdo con preocupación. Todo está oscuro. Me volteo y lo miro incorporándose lentamente.

—¿Qué ha pasado? —Pregunta.

—Ha llegado la Fortaleza —Exclama Isaac con una mirada dulce.

Nosotros hacemos de un gesto de no entender.

—¿Cómo que ha llegado..?

El pequeño Isaac me toma de la mano y me ayuda a incorporarme. Una vez puesta de pie tengo un poco más de visibilidad. No puedo creer lo que veo. Cerca de la costa del lago se encuentra lo que parece un enorme barco alumbrado por una luz que da la impresión de ser un faro. La luz que emite me permite ver que se trata de una nave fortificada y que avanza lentamente. A su alrededor hay otras luces más pequeñas, deduzco que deben ser balsas o algo así. Antares tenía razón. Me imagino su rostro al ver todo esto y ahora nos lo ofrece como un regalo.

—Hay que bajar, nos están esperando. —Dice el pequeño Isaac con una enorme sonrisa.

—¿Cómo están? —Pregunta Lucía apurando el paso una vez que se encuentra cerca de nosotros —¿Están heridos?

—Rigel tiene algunas heridas —Respondo. —Tenemos que bajarlo lo más rápido posible. —Ellos asienten y entre los tres le ayudamos a ponerse de pie. Tiene el rostro completamente pálido. Ismael le pasa su brazo por su cuello y lentamente comienzan a bajar en dirección al lago.

Lucía también quiere ayudarme pero le digo que me encuentro bien. Me imagino que me mira un tanto demacrada. Antes de avanzar y emprender el camino a la Fortaleza pienso que Antares también estuvo parado viendo este paisaje. Cierro los ojos y por un instante imagino que lo estamos mirando juntos. Estoy segura que le hubiera encantado dibujar todo esto. Y a mí me hubiera encantado tenerlo un día más y observarlo con su libreta. Pero ahora hay que continuar. Sé que lo voy a extrañar demasiado. Me quedo con su recuerdo. Siempre voy a recordar su sonrisa, su forma de sorber, de molestarse y después reír como un desquiciado. Aquella magnífica forma de pararse después de la tormenta y de hacerme reír a mí, la última mujer más amargada del planeta. Voy a guardar en mi corazón su risa, su caballear y el olor de su piel. Y aunque alguna vez olvide el sonido de su voz me quedará marcado su último regalo que me ofreció. Por el cual un día decidió salir de nuestro refugio, y dejar la huerta incompleta, y su libreta de dibujos, y a mí también... Sé que a él le dolió infinitamente. Sé que se le partió el corazón mientras se alejaba.

Estoy completamente segura que volteó hacia atrás.

Me lo imagino dudando. Pudo callar y estar conmigo un día más. Pero decidió regalarme más días de vida, no sé cuantos, por algún motivo. Él siempre lo dijo. Todo ocurre por un motivo. Y todo este infinito dolor que me causó su ausencia tiene que ser la razón para que yo siga caminando y descubra ese por qué.

Las lágrimas comienzan a correr de mis mejillas.

—Gracias por todo. De todas las estrellas tú siempre fuiste la más radiante. Te amo y te

amaré hasta que me vuelva polvo y me pueda a unir a ti No sé por qué en algún momento pensé que me había abandonado si somos tú y yo. Una parte de ti vive dentro de mí y te llevaré conmigo hasta los confines de este mundo si mis pasos me lo permiten. Tú estuviste conmigo hasta los confines de este mundo y hasta la crisis más grande que ha enfrentado la humanidad, pero principalmente estoy agradecida porque tú, estuviste conmigo hasta el fin de mi soledad.